



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

EL ROBOT BRINDÓ CON ELLOS

Premio UPV/EHU de la X Edición (1998)

Santiago García Albás



EL ROBOT BRINDÓ CON ELLOS

I. La resaca de un crimen

El señor Zurullo yacía muerto sobre la alfombra del salón en una postura que remitía inequívocamente a su alias escogido. Estaba vestido con el mismo smoking arrugado y pésimamente cortado que luciera en la fiesta, y sólo una muerte violenta había conseguido borrar de sus rasgos aquel peculiar mohín que le era tan propio, una mezcla de hostilidad y agria estupefacción. Ahora parecía un bebe dormido.

Lamentablemente, también parecía un pincho moruno. El afilado estilete de la palmatoria se había enterrado en su pecho hasta el platillo de la cera, y era tal la cantidad de sangre que empapaba la alfombra bajo su cuerpo que se hacía evidente que la herida interesaba directamente al corazón. La muerte le había sentado bien, camuflando sus primeras arrugas en la crispación de los músculos, y difuminando en su lividez las pequeñas manchitas y verdugones propios de su mediana edad. En el suelo, al alcance de su mano crispada, había una pipa de vidrio con su cazoleta saturada de parduco *ploff* —la droga de moda— y junto a ésta, el enorme cirio morado que antes ocupara el lugar de Zurullo en la palmatoria ardía aún mansamente, derramando gotas de cera líquida sobre la alfombra. Era un milagro que no hubiera ardido toda la mansión.

Sin embargo, el comisario Chivas, a caballo entre el cansancio, el horror y la resaca, apenas veía nada de eso. Toda la escena que se ofrecía a sus ojos se le antojaba sumamente irreal. Su biobot de servicio le había sacado casi a rastras de la cama, donde dormía pesadamente su borrachera, y le había conducido hasta aquel suntuoso salón de la planta baja, el mismo que diera cabida a los festejos de la noche anterior. Los vasos vacíos salpicados de huellas untuosas, los cuadros torcidos con sospechosos regueros almidarados sobre las costosísimas telas, las colillas desbordando los ceniceros, las ronchas de carmín en los mofletes de los bustos y en los taparrabos de las estatuas clásicas, y la vomitona que rezumaba por la



boca de un auténtico jarrón de porcelana Chipendale, recordaban los excesos de los concursantes. Si, en su estado deplorable, hasta un macizo de florecillas primaverales hubiera aparecido sórdido a los ojos del comisario, aquello sobrepasaba ampliamente su umbral de tolerancia a la sordidez. Casi había creído sorprender una sombra de disculpa en las primeras palabras que el biobot le dirigió al llegar al escenario de la tragedia:

—Veníamos a limpiar cuando lo encontramos... —le había dicho, señalando el grotesco cadáver del señor Zurullo— hemos decidido que lo más adecuado sería dejarlo todo como estaba.

Al comisario, aquello le tenía más bien sin cuidado. Toda su atención se veía monopolizada por los potentes martillazos de sus sienas, y por el hecho incuestionable —refrendado sin piedad por los pocos espejos sanos que quedaban en la estancia tras la parranda— de que se encontraba, ojeroso y macilento, en calzoncillos y pantuflas, junto a un cadáver ensartado en un pincho de candelabro. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, extinguió de un pisotón el cabo encendido de la vela, espachurrando la cera tibia contra la alfombra.

Desorientado, borracho todavía, el cadáver grotescamente empalado de Zurullo sólo le traía a la mente aquella expresión infantil... ¿cómo era? *No vales más que una mierda pinchada en un...* El mástil de la palmatoria, sólidamente anclado en el cuerpo de Zurullo, se meció suavemente al compás de las manipulaciones que el doctor Ventosa realizaba sobre el cadáver...

El comisario Chivas se sacudió también, pues advirtió pudibundo que una sonrisa de tarado cosquilleaba las comisuras de sus labios. Se pasó los dedos por el erizado cabello y trató de forzar el tono frío, profesional, que convenía a su papel:

—¿De qué a muerto? —preguntó. Y, acto seguido, enrojeció hasta las cejas, sintiéndose un completo majadero.

El doctor Ventosa, vestido con un pijama celeste estampado con caricaturescas ruedas de tractor, se acuclillaba junto al cuerpo inerte del, hacía sólo unas horas, tan animado Zurullo, y le tomaba el pulso con dedos temblorosos. El comisario apenas conocía al doctor, aunque juntos habían vaciado ya varias botellas. Era un hombre obeso y chaparro, de unos cuarenta años, cuya piel, blanda y paliducha, surcada en la nariz por un entramado de encarnadas venillas, hablaba, mucho más claramente que una confesión, de su vida ociosa y disipada. Tenía los labios finos, desvaídos como los de una trucha. Sus ojos se apoyaban sobre voluminosas bolsas de color carmesí, provocadas en partes iguales, como en el caso del comisario, por la interrupción del sueño y las abundantes liba-



ciones de la noche anterior. El gorro de dormir con borla, a juego con el pijama —que había vuelto a ponerse de moda desde que un famoso galán lo luciera muy favorecedoramente en la décima entrega de «Nueve Semanas y Media»— le conferían todo el aspecto de un duende lascivo.

Sus respectivos biobots/ayuda de cámara —Chivas, que era, en el fondo, un clásico romántico, gustaba de llamar al suyo «Mamita»— se habían quedado atrás, tiesos como estatuas a ambos lados de la puerta. Ambos eran físicamente idénticos: morenos, pálidos y esbeltos. Lo único que los diferenciaba, amén del código de barras que llevaban tatuado en la frente, era el número que cada uno lucía serigrafiado en la pechera de su librea, y que coincidía con el número de habitación de sus amos asignados para el periodo de la prueba.

Aparte del cadáver, no había nadie más en el salón. El doctor y el comisario habían sido los únicos concursantes requeridos a la escena del crimen. Chivas pensó que aquellos biobots habían visto demasiadas películas policíacas.

—¿Le parece acertado «ensartamiento en objeto decorativo con resultado de muerte»? —sugirió Ventosa en tono vacilante.

Chivas alzó la mirada, intrigado por ese acento, en absoluto irónico, de su interlocutor. Encontró que sus ojos estaban fijos en él, como implorando su aquiescencia, trasluciendo un desamparo y una consternación tan parejas a las suyas que apretaron en un puño el corazón del comisario. «Santo Dios, Ventosa habla completamente en serio —se dijo atónito— Seguramente, el maldito cretino ni siquiera es un verdadero doctor... ¡qué vergüenza!». Pero entonces Chivas recordó que él tampoco era en realidad comisario, y no tuvo por menos que compadecer a ese pobre hombre, obligado por las circunstancias a tan macabra labor. Apostó a que, de sospechar siquiera lo que se le venía encima, Ventosa hubiera escogido algún apodo más inofensivo como... Comodoro Marmota. Y Chivas, otro tanto de lo mismo...

Toda la confianza que había sentido al encontrar allí al doctor, se desvaneció de golpe. Ventosa era, a todas luces, un estúpido integral, sin más experiencia en técnicas forenses que la suya propia. Pero entonces recordó que Ventosa era, al igual que él, un finalista del concurso, y que, también como él, había tenido que superar con éxito varias comprometidas eliminatorias para alcanzar la final nacional. No debía dejarse cegar por las apariencias; imposible llegar hasta allí siendo un completo estúpido. Los nuevos prototipos de *Biobots S.A.* le habían demostrado sobradamente en anteriores eliminatorias su perfecto acabado y alta capacidad inventiva; se requerían grandes dosis de perspicacia para desenmascararlos



entre los grupos de concursantes. Hasta él mismo, que se tenía por hombre de notable capacidad deductiva, además de psicólogo intuitivo y gran conocedor de la naturaleza humana —motivo por el que había escogido su último alias— no lo había tenido nada fácil para superar... Entonces, una dolorosa revelación interrumpió el flujo de sus pensamientos: recordó las noches previas a las pretéritas votaciones, su desconcierto, su ineptitud a la hora de identificar a los biobots y, finalmente, rememoró las deducciones que, en su completa impotencia, le habían llevado a desarrollar un sistema hasta entonces infalible... hasta ahora, Chivas, el gran detective aficionado, había votado como biobots, lisa y llanamente, a los concursantes abstemios, juzgando al amparo de una botella de excelente whisky pagado por la organización que tal comportamiento era decididamente inhumano... Y lo más descabellado de todo es que funcionó.

Ahora, su mente desconcertada se empeñaba, como siempre que bebía demasiado, en seguir razonamientos circulares. Ventosa debía ser, a todas luces, y como él, un estúpido integral.

En estas, su conclusión sería refrendada por el mismo Ventosa, quien, tras coger de sobre la mesa camilla una copa medio llena, parecía empeñado en reanimar al cadáver dándole a beber un sorbito de coñac... Chivas se restregó incrédulo sus ojos con los nudillos. No, no era posible tamaña necesidad. Lo que en realidad hacía Ventosa era comprobar si el aliento de Zurullo empañaba el cristal de la copa. Sin embargo, aunque esta última observación parecía más entrada en razón, estuvo lejos de tranquilizar al comisario. Tampoco decía mucho a favor de las aptitudes de Ventosa como médico forense.

—Pero... ¿está verdaderamente muerto? —preguntó el comisario.

«Tampoco esta pregunta hablaría muy bien de mis aptitudes como comisario —se dijo Chivas— pero, dadas las circunstancias, no deja de ser una pregunta lógica»

Aunque, como tampoco pudo dejar de recordarse, jamás se había encontrado con algo así en sus anteriores eliminatorias. Si se trataba de un nuevo truco de ambientación urdido por los organizadores, decididamente, se pasaba de la raya. Si no, que se lo preguntaran a Zurullo...

Ventosa había dejado caer la muñeca del cadáver, y se limpiaba ahora la mano, obviamente asqueado, con el mantel de la mesa camilla. Ventosa tenía las manos gruesas, de palmas anchas y dedos carnosos. No eran, para nada, manos de cirujano.

—O está muerto, o bombea a la frecuencia en que lo haría un corazón del tamaño de un melón... —Ventosa le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, envanecido por su comparación y su remedo de cinismo forense.



Chivas se consideró retado. Trató de recordar también lo que debía decir un comisario en situaciones similares. Los resentidos engranajes de su mente emitían tales chirridos en el interior de su cabeza que Chivas llegó a temer que fueran audibles. «Había algo, sí, algo que siempre se comentaba en relación al Rigor Mortis...»

—¡En qué hora situaría el momento de la muerte! —soltó finalmente, muy pagado de su ocurrencia, tanto que aquello sonó más como una exclamación que como una pregunta.

Ventosa se encogió de hombros y resopló. Hasta las narices del comisario llegó una vaharada de aliento fetidísimo. Tan fétido seguramente como el suyo, a juzgar por el agrio sabor de su saliva.

El doctor Ventosa estudió el cadáver empalado sin disimular su repugnancia.

—Pues... no sabría decirle... —vaciló— ¿qué hora es ahora?

El comisario alzó la mano izquierda para consultar su reloj. Pero allí, en la pequeña cavidad horadada quirúrgicamente entre sus metacarpos, donde antes se engastara su reloj implantado, no había absolutamente nada. Un escalofrío de aprensión le recorrió al pensar que podía haber perdido el regalo de aniversario de su irascible esposa, un implante que, según las palabras de ella, debía ser tan irrevocable como su matrimonio. Luisa, la irreductible Luisa, que en ningún momento se había tragado su cuento sobre simposios de técnicas publicitarias, ya estaba bastante escamada por sus reiteradas y misteriosas ausencias como para encima aparecer sin su irrevocable regalo.

Pero entonces, con infinito alivio, recordó el esbelto talle de la señorita De Felpa, y lo divertido que les había parecido a ambos en las postimerías de la fiesta, ocultos bajo la falda de la mesa camilla, que el diminuto reloj encajara a la perfección en el nido de su «cincelado ombligo». Chivas suspiró aliviado; la señorita De Felpa se haría cargo sin duda que su obsequio había sido un error provocado por la euforia efílica y se lo devolvería gustosa, quizá aceptando a cambio un paseo vespertino por entre los setos del jardín. Su bien amada esposa no tendría ningún motivo para regañarle a su regreso. Sobre todo cuando, una vez levantada la cláusula de confidencialidad que pesaba sobre el concurso, él se lo contara todo, y acariciara ella el indecente montón de dinero que lo acreditaría como ganador...

Un carraspeo apremiante de Ventosa arrancó al comisario de sus ensoñaciones. No sólo se había olvidado del muerto, sino que había estado a punto de dormirse de pie...

—La hora, por favor, la hora... —le recordó el doctor.



—Las seis horas, veintitrés minutos, cator... quince segundos, señor —se anticiparon los dos biobots al unísono, no obstante carecer ambos de reloj visible.

El doctor Ventosa hizo un rápido cálculo mental, mientras Chivas aguardaba esperanzado su respuesta. El rostro del doctor traslucía verdadero interés y concentración. Por un momento el comisario se sintió confortado. Tal vez Ventosa sí fuera, en realidad, un doctor auténtico.

—Las seis y veintitrés... eso quiere decir que... —los ojos de Ventosa centellearon, y su rostro enrojeció de repente. De un solo sorbo vació los restos de coñac que quedaban en la copa y la arrojó acto seguido hacia el pétreo rostro de un estresado Mercurio, contra el que se hizo mil pedacitos.

—¿Qué? ¿qué? —imploraba el comisario.

—¡Coño! —exclamó el doctor con grandes aspavientos— ¡Que sólo he dormido hora y media!

Chivas vació sus pulmones y dejó caer pesadamente los hombros. Odiaba a Ventosa.

—¡Esto es intolerable! ¡Exijo el libro de reclamaciones! —el rostro de Ventosa derivaba peligrosamente del rojo al morado, y cada uno de sus improperios regaba el cadáver con una lluvia de babas— ¡Esto es una broma de mal gusto! ¡Levántese, Zurullo! ¡Levántese! ¡Le exijo que se levante!

El comisario se acercó fríamente y propinó al descontrolado Ventosa un sonoro bofetón, que les sentó a ambos estupendamente. Tanto fue así que le propinó un segundo de, cuanto menos, discutible necesidad.

—Por amor de Dios, Ventosa... —recriminó con la mano todavía alzada— ¡hay un cadáver ahí!

El doctor Ventosa había dejado sueltos los brazos y su expresión era ahora de profundo desamparo. Hipaba y sorbía fuertemente por la nariz. Parecía realmente al borde de las lágrimas.

—Oiga, amigo, esto me sobrepasa, en serio. Verá, yo, en realidad, como usted ya se imaginará, no soy...

La «Mamita» del doctor Ventosa carraspeó ostensiblemente.

—Lejos de mi intención contrariarle, señor... —dijo con voz meliflua— Pero, hasta que el señor Oficiante se pronuncie a este respecto —señaló al empalado respecto— creo que deberían permanecer fieles a las normas del concurso. Nada de compartir datos personales ni...

—¿¡Pues a qué esperáis, pasmarotes!?! —exclamó el comisario, volviéndose iracundo hacia ellos— ¡Corred a buscarle! Es a él a quien debíais haber avisado en un principio...



—El señor Oficiante ya debe estar en camino, señor comisario, junto al biobot/sanitario...

Había hablado ahora su propio fámulo, el que llevaba el número seis en la levita. Chivas asintió satisfecho. Había echado en falta un tercer biobot, el número siete y criado personal de Zurullo, pues estos raramente se separaban de sus amos (quizá más para evitar transgresiones de las reglas que por celo profesional). Ahora todo encajaba. El biobot ausente era sin duda quien había encontrado el cadáver, y ahora corría por los pasillos del segundo piso en busca del señor Oficiante.

—¿Ha oído, doctor Ventosa? —dijo girándose hacia él— Ya puede dejar eso, el señor Oficiante está en camino con un biobot sanitario. Ellos se ocuparan de todo...

El doctor Ventosa se había puesto repentinamente pálido. Su frente brillaba perlada por gruesas gotas de sudor. Miraba hacia los labios, azules y entreabiertos del señor Zurullo, de los que colgaba un hilillo de baba sanguinolenta. Tragó con asco un sospechoso buche, que previamente le había obligado a soldar los labios e hinchar los mofletes, y sugirió con voz entrecortada:

—¿Cree que deberíamos intentar reanimarle?

El comisario Chivas suspiró para sus adentros, mientras se rascaba ruidosamente la entrepierna. Su cerebro retomaba un razonamiento circular.

Al menos, el comisario Chivas podía contar con que el Señor Oficiante era, en realidad, un oficiante. Y un oficiante encantador además. Se había presentado como Arturo Ripstein, jefe de Relaciones Públicas de *Biobots S.A.*, y él en persona había sido el encargado de recibir a los finalistas en su llegada a la isla, así como de explicarles una vez más las reglas del concurso.

Dichas reglas no podían ser más simples: el objetivo, como en anteriores eliminatorias, consistía en acertar, en una votación secreta que se realizaba tras siete días de convivencia, quién de entre los diez concursantes era un biobot camuflado; la aislada mansión donde se alojaban, trasladada piedra a piedra por la empresa hasta aquella isla desierta, y convertida provisionalmente en hotel, sería su único hogar durante la presente semana; aparte de Ripstein y de los biobots de servicio, los concursantes sólo tendrían contacto entre sí, aunque con limitaciones: podían hablar de su familia, de su profesión, de sus aspiraciones, de sus gustos, costumbres y hobbies, pero sin revelar nunca nombres, ni lugares, ni fechas (de cualquier modo, ésta era una regla bastante flexible, y que nadie se tomaba muy serio en la práctica; incluso Ripstein tendía a hacer la vis-



ta gorda, pues reconocía que resulta muy difícil prevenir lapsus, o refrenar la lengua bajo la influencia del licor); eso sí, los documentos personales y todo sistema de registro de voces o imágenes, así como de comunicación —que podrían utilizarse para comprobar la identidad de los otros concursantes— estaban terminantemente prohibidos en la isla, bajo una pena de reclusión temporal que todos habían aceptado al firmar su contrato; esta última cláusula era prorrogable hasta que la empresa lo considerara conveniente y, de ser infligida por algún concursante, éste se vería privado de la jugosa gratificación (llamada en secreto subsidio de silencio) que *Biobots* destinaba a todos los participantes, independientemente de su éxito, amén de afrontar en el futuro un pleito por incumplimiento de contrato y espionaje industrial.

Si se atenían a las normas, Chivas había tenido ya sobrada oportunidad de comprobar que su estancia allí podía equipararse a unas deliciosas vacaciones. Ripstein y su equipo de biobots auxiliares estaban siempre dispuestos a satisfacer su más mínimo capricho; la empresa no reparaba en gastos: el servicio era excelente, las habitaciones —cada una con su baño propio— cómodas y lujosas, el menú, variado y de calidad principesca, y el whisky... ¡Qué se podía decir del whisky! Máxime cuando la isla que servía, en este caso, de sede a la final, era una de las Hébridas, a tan sólo veinte millas náuticas de distancia de la costa escocesa. Para el comisario Chivas, cuyas últimas vacaciones antes de ser seleccionado por *Biobots S.A.* habían consistido en un paseo virtual por las ruinas calcinadas de Torreciudad, aquello representaba la culminación de un sueño personal...

Siempre que no se aventuraran fuera de su sector —que sólo excluía el ala de la servidumbre y las bodegas— y, respetando las habitaciones privadas de sus competidores, los concursantes podían disponer a su antojo de la mansión, incluyendo los jardines, las instalaciones deportivas y, si sentían debilidad por los paisajes de roca pelada, pasto ralo, cielos plomizos y famélicas gaviotas, incluso de todo el resto de la isla; lo roto sería reemplazado prontamente, lo sucio restregado a conciencia por un ejército de serviles lacayos y doncellas... Si, en un exceso de celo parrandero, a los concursantes les hubiera dado por regar la mansión con ron y pegarle fuego, a Ripstein sólo le hubiera preocupado que la hoguera fuera visible desde algún deslizador ajeno a la compañía.

El señor Ripstein era un dechado de amabilidad y buenas maneras y, además, el único habitante de la mansión cuya humanidad no podía ni debía ser cuestionada mientras durara la prueba. O, como a él le gustaba decir con un risita perruna, jugando con la atmósfera de aquella vieja



mansión victoriana: «No se engañen, caballeros, el asesino en este caso no es el mayordomo»

Ahora, aquella broma inocente adquiriría en presencia del cadáver de Zurullo un significado funestamente profético. «Aunque, por lo menos —se dijo Chivas, codicioso— esto aumenta mis posibilidades de acertar. De nueve a uno, pasamos a ocho a uno je, je...»

A pesar de la hora intempestiva, el Oficiante entró en el calamitoso salón tan impecablemente vestido y acicalado como acostumbraba. Tenía el rostro bronceado como el de un esquiador y su dentadura era lo más preciso y regular que Chivas se había echado a la cara desde las «Biobots Starlets». Su esbelta figura, enfundada en un elegante terno gris-perla a juego con los reflejos plateados de sus sienes, destacaba en aquel desgobierno como un maniquí en una tienda de botijos. Unos pasos detrás de él, manteniéndose en un deferente segundo plano, venía el biobot/sanitario.

La primera reacción de Ripstein al ver el cadáver fue de horror y sincera pesadumbre. Pero, casi en el acto, se hizo cargo de la situación y desplegó sus dotes de Oficiante. Con la boca cubierta por un fino pañuelo de seda —el salón olía como una fregona de burdel— ordenó a los biobots que corrieran las cortinas y abrieran todas las ventanas para ventilar la estancia. Una corriente de aire gélido penetró desde el jardín, donde ya las sombras se diluían amenazadas por la aurora, agitando las colillas en los ceniceros y provocando en el casi desnudo Chivas violentos escalofríos. Ventosa, más vivo, se había apoderado del mantel de la mesa camilla y se arrebujaba en él a modo de manta.

Después de disculparse cumplidamente con ambos, quienes, según reconoció bastante contrariado «nunca debieron ser molestados por este lamentable accidente», Ripstein había ordenado por fin la retirada del cadáver de Zurullo. Para vil satisfacción del aterido comisario, Ventosa fue despojado del mantel, que haría las veces de mortaja provisional. El biobot sanitario, una vez reconocido someramente el cadáver, había corroborado a la sazón el diagnóstico de Ventosa —Zurullo estaba, efectivamente, fiambre— y, ayudado por los lacayos, sobre los que parecía disfrutar de preeminencia jerárquica, se lo llevaba ya del salón. Los tres biobots atravesaron con su aciaga carga —por entre cuya mortaja asomaba todavía grotescamente la palmatoria— el amplio recibidor, y desaparecieron por la puerta batiente del último pasillo, el que, partiendo de debajo de las escaleras, atravesaba las cocinas, despensas y almacenes hasta las dependencias del servicio.

El biobot sanitario era también físicamente idéntico a los fámulos, sólo que vestía una larga bata verde y portaba un vetusto maletín negro de doctor, en armonía con la anacrónica decoración de la casa.



En realidad, no había tantos modelos distintos de biobots, al menos en cuanto a su apariencia. *Biobots S.A.*, líder europeo de su sector, con sede central en el distrito de España, había lanzado hasta el momento al mercado dos generaciones de humanoides. La Primera Generación —a la que pertenecían aquellos biobots— ofertaba sólo los modelos macho y hembra, con las únicas variaciones del idioma y del color del pelo (los morenos se reservaban al mercado español, trampolín para su exportación a Sudamérica). La empresa seleccionaba de entre las donaciones realizadas por familiares de difuntos un material genético a su conveniencia, y luego, mediante técnicas de clonación, obtenía una serie ilimitada de individuos idénticos en el estado de desarrollo requerido. La Segunda Generación lanzó una mayor gama de edades, razas y constituciones, si bien el número de modelos seguía sin ser superior, aun y todo, al de cualquier firma de deslizadores.

Redundando en el ejemplo, tampoco su vida útil era más larga que la de un moderno deslizador. Naturalmente los biobots no envejecían (entre otras cosas, porque no les daba tiempo); sin embargo, el sistema nervioso del biobot —el soporte de la inteligencia y orquestador de todas las funciones vitales— era de naturaleza cibernética y, como muchas otras prótesis, tenía una vida limitada. La fecha de caducidad de un biobot oscilaba entre los cinco y los siete años a partir del momento de compra. Después, agotada la célula energética, el sistema se colapsaba y el biobot quedaba reducido a una masa de carne sin más voluntad que un hígado de pavo, y que se pudría con la misma rapidez, pues todas sus funciones vitales, como queda dicho, dependían del entramado nervioso cibernético, incluidas la respiración y el ritmo cardíaco, sobre los que un biobot activo gozaba de absoluto control. Pero, hasta entonces, si se le programaba adecuadamente, un biobot podía realizar cualquier trabajo tan bien como un humano y, en la mayoría de los casos, incluso mejor. En eso sí que existió desde el principio una notable facilidad de especialización. De cualquier modo, la inmensa mayoría de los biobots vendidos se destinaban a labores pesadas o serviles, pues la ley todavía limitaba su acceso a puestos de responsabilidad (Por ejemplo, aquel biobot sanitario no hubiera podido nunca ejercer la medicina fuera del ámbito privado).

—Espero que sabrán perdonar a sus sirvientes —había dicho Ripsstein, dirigiéndose a los traumatizados Chivas y Ventosa, muy sorprendido de encontrarlos allí, en calzoncillos y pijama respectivamente— Como comprenderán, caballeros, ellos no pueden saber nada de la vida real de ustedes, pues, merced a su naturaleza servil y su programación lacayuna, cualquiera podría sonsacarles datos confidenciales con un simple rapapol-



vo... Para ellos, ustedes son el comisario Chivas y el doctor Ventosa, y se han limitado a actuar en consecuencia...

Apenas los biobots hubieron desaparecido con el cadáver, un pelotón de doncellas —todas ellas idénticas y, aparte el sexo, tan parecidas a los fámulos que se dirían hermanos mellizos— invadieron el salón equipadas con un surtido completo de material de limpieza. Ripstein aprovechó ese momento para tomar de los hombros a sus conmocionados huéspedes y conducirlos hasta el extremo del recibidor, junto al pie de las suntuosas escaleras en forma de Y que conducían al segundo piso. El doctor Ventosa parecía haber recobrado por completo su ecuanimidad ante la eficiencia desplegada por el Oficiante, aunque sus ojos parpadeaban frenéticamente, vencidos por el sueño, y tenía la mandíbula inferior estúpidamente caída. Chivas, por su parte, se sentía como una carroña. Sus miembros le pesaban como plomo, las pupilas le ardían, y experimentaba una inequívoca pesadez mucosa entre las cejas; probablemente, se había resfriado al contacto con el gélido aire de la mañana.

«Si la estúpida Mamita me hubiera permitido al menos ponerme mis pollerines... —pensaba aturdido— ¡le exigiría al señor O'Hara que la mandase azotar!»

Chivas se sacudió; decididamente, necesitaba con urgencia una copa...

—Ahora, caballeros, les aconsejaría que subieran a su habitación para vestirse y asearse... —les dijo Ripstein con una alusiva mirada hacia su escueta vestimenta y sus cutis macilentos, envilecidos ya por una sombra de barba— Debemos informar inmediatamente de esta tragedia al resto de los concursantes y, por supuesto, me gustaría contar con su colaboración como testigos...

Los aludidos asintieron estúpidamente. Chivas comenzó a subir los escalones junto al doctor Ventosa, decepcionado por no poder volverse inmediatamente a la cama, una visión que, junto a montañas de aspirinas y vino caliente, ocupaba el primer lugar en su escala de preferencias.

—Sus criados personales subirán a ayudarles enseguida —se despidió Ripstein alzando la voz— Si dentro de veinte minutos quisieran bajar al comedor principal les estaría infinitamente agradecido...

De pronto, el doctor Ventosa dejó escapar un bufido, se separó de Chivas sin pronunciar palabra, bajó las escaleras de tres en tres y, entre cómicos aleteos de su borla, regresó corriendo al salón, dejando a los otros completamente atónitos.

Cuando volvió a salir, sudoroso y jadeante como un caballo, llevaba, en una mano, la maltrecha vela de la palmatoria y, en la otra, la pipa de cristal rellena de *ploff*..



—Pruebas je, je... —masculló por toda explicación, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Bien pensado, doctor —señaló Ripstein, tomando de sus manos las recién bautizadas evidencias— las criadas hubieran podido destruir algún indicio importante.

El comisario Chivas ahogó un gruñido. ¿Cómo no se le había ocurrido a él lo de las pruebas? Ventosa era un bufón ridículo y un llorón, pero acababa de escalar un par de peldaños en su estimación.

Veinte minutos más tarde, Chivas estaba ya en el comedor principal, limpio, afeitado y vestido, aunque hasta las siete de la mañana no se consiguió reunir a todos los concursantes. Estos fueron llegando gradualmente, acompañados de sus lacayos, los hombres, o de sus doncellas las mujeres, y tomaron asiento, a indicación de estos, a lo largo de la fastuosa mesa de banquetes. El saludo de moda aquella mañana consistía, bien en un fenomenal bostezo, o bien en un gañido inarticulado de carácter hostil. A través de las grandes vidrieras, el sol entraba ya tímidamente, asomando por encima de los oscuros tilos y setos del jardín. Hoy, para variar, disfrutarían de buen tiempo.

El comedor principal era la pieza más grande de la casa, tanto que se había utilizado ya como pista de baile —desplazando la mesa de banquetes— y como salón de actos y presentaciones. En un extremo del comedor había una gigantesca chimenea de piedra, donde ardía un auténtico fuego de leña, y que estaba custodiada por dos antiguas armaduras medievales de aparatosos y concupiscentes bragueros. En el yelmo de una de ellas se apreciaba una considerable abolladura, pues ya el primer día, al coronel Sémola —que era un individuo mayormente apocado, pero que perdía por completo el control después de dos cervezas— le había dado por calárselo y perseguir a las doncellas, tratando de ensartarlas con el pincho que lo remataba, hasta quedar finalmente empotrado contra un aparador de recargada ornamentación: un auténtico William Morris, valorado en centenares de miles de euros, probablemente. Chivas apostaba a que, después de repasar las cuentas, *Biobots* decidiría que la próxima final tuviera lugar en un corral de gorrinos...

En el otro extremo del comedor, sobre una tarima de tablazón iluminada por modernos focos direccionales, acordonada entre lujosas trenzas de terciopelo, estaba la peana, y sobre la peana, La Urna. El comisario no podía pasar junto a La Urna sin dedicarle, aunque fuera, una fugaz mirada rebotante de codicia. Allí reposaba, sobre un mullido cojín rojo de ribetes dorados, y todavía sin consignar, el cheque de cien millones de euros, reservado a aquel o aquellos concursantes que logran descubrir



quién, de entre los diez, era el nuevo prototipo de *Biobots S.A.* Y, junto a él, la no menos ambicionada Jofaina de Oro, en cuyo fondo habría de grabarse el nombre del ganador. Unos pasos detrás de la tarima, empujada en la pared entre dos cuadros de caza, destacaba la puerta blindada de la caja fuerte, con el logotipo de *Biobots* impreso sobre la gruesa plancha de acero. Lo de la caja era una novedad respecto a las anteriores eliminatorias, perfectamente justificable dado lo que allí se jugaba. Once cerraduras sellaban su puerta, y solamente si se disponía de las once llaves —cada una de las diez primeras obraba en poder de un concursante, y la undécima de Ripstein— podía abrirse la caja. En su interior albergaba las radiografías y las muestras de sangre de los diez concursantes. Estas habían sido practicadas en presencia de todos —la mansión contaba con un dispensario muy sofisticado— y encerradas luego en la caja sin que nadie las perdiera un segundo de vista. Tras la votación secreta, el Oficiante anunciaría al ganador, y la caja sería abierta de mutuo acuerdo con objeto de comprobar el resultado; pues, como decía Ripstein: «no espero que confíen sólo en mi palabra, y destripar a nuestro prototipo para confirmarlo sería algo bastante desagradable...». Eso también era nuevo pues, tras las anteriores eliminatorias, mucho más masificadas, Chivas había simplemente recibido en su casa, por correo electrónico, una notificación que le informaba de su acierto y le emplazaba para la siguiente ronda. Otra precaución lógica, pues los perdedores no tenían porque conocer tan pronto el aspecto de los nuevos prototipos.

Para evitar suspicacias, la llave del difunto Zurullo asomaba ya de la séptima cerradura.

El Oficiante ocupaba ahora la cabecera de la enorme mesa de banquetes. A su lado, frente a frente, como testigos y protagonistas de excepción en aquella tragedia, se sentaban el doctor Ventosa y el comisario Chivas. Lady Lasaña, el viejo profesor Confeti, la Marquesa de la Pita, el coronel Sémola, la señorita Compota, el atlético Mister Salami y la señorita De Felpa, se repartían el resto de las sillas, convenientemente revueltos los sexos según exigía la etiqueta.

La ceremonia de elección de los apodos había tenido lugar el primer día, durante la cena, en aquella misma mesa de banquetes. El champán corrió en abundancia y, comoquiera que todos estaban ansiosos por romper el hielo, el bautismo se había convertido en una competición de ingenio y un derroche de buen humor, donde nadie se coartaba a la hora de hacer sugerencias al vecino. Seguro que más de uno se arrepentía ahora de su elección; Chivas pensó muy especialmente en el miope profesor Confeti, y en la cara que puso al descubrir que la sugerencia de Salami



no se refería tanto a su talante festivo como a la abundante caspa que cubría los hombros de su smoking. Pero ahora la elección era ya irrevocable, pues los biobots les conocían por aquellos alias.

Chivas estudió detenidamente a sus competidores. Todos sus rostros le resultaban ya familiares, aún perteneciendo a personas a las que nunca había visto hasta hace tres días, personas que se tuteaban con desparpajo, y aun compartían sucias confianzas a altas horas de la madrugada, para recuperar avergonzados y culpables, a la mañana siguiente, el distante tratamiento de cortesés desconocidos. Chivas había advertido ya que la suntuosa mansión decimonónica ejercía un extraño influjo retro, casi melodramático, sobre la etiqueta y la cortesía de los concursantes, un influjo que sólo se conseguía burlar con grandes cantidades de alcohol.

El ambiente ahora era lúgubre. Los concursantes habían recibido la noticia de la muerte del señor Zurullo con la combinación apropiada de congoja y estupor. Sin embargo, quien hubiera sido testigo de sus excesos de aquella noche, no se dejaría engañar tan fácilmente en cuanto a los motivos del decaimiento general. El carmesí y el negro rivalizaban en colorear las ojeras, las mandíbulas se desplomaban al mínimo descuido y el olor combinado de los alientos se condensaba una nube tóxica que ponía en serio peligro las plantas de los maceteros. De no ser por el convulsivo temblor de sus manos se diría que aquella era una convención de pútridos difuntos.

Chivas pensó desanimado que, en la final, su sistema infalible no le serviría de nada. Todos los finalistas —con la posible excepción del coronel Sémola, que hacía lo que buenamente podía— habían demostrado sobradamente en las tres noches precedentes ser avezados y devotos borrachines. Seguramente, su sistema deductivo, en el que había depositado tantas esperanzas de cara a la final, había sido descubierto por la organización; ahora, el nuevo biobot incluía en su programación una respetable tolerancia al alcohol.

Su escrutinio acabó deteniéndose en un rostro joven, sin maquillar, de naricilla respingona y orejas ligeramente desplegadas, como las de un elfo. Llevaba el pelo muy corto, casi rasurado, lo que no favorecía en absoluto unas facciones cuya belleza, ya de por sí, invitaba a la discusión. Pero a Chivas le resultaba lo suficientemente atractiva como para intentar redondear sus vacaciones con una pequeña aventura extra matrimonial. Lo que le faltaba de exuberante lo compensaba con su tierna juventud, casi adolescente, y con su retozona inocencia. Era, en definitiva, la señorita De Felpa. Sus miradas se cruzaron; Chivas sonrió y le saco disimuladamente la lengua. Pero cuando, queriendo hacer referencia a su reloj,



trató de llamar la atención de la joven sobre el hueco de sus metacarpos, ella ya había desviado los ojos, con las mejillas arreboladas de vergüenza. La señorita De Felpa era un hueso tan duro de roer que Chivas se preguntaba si sería virgen. En lo que llevaban de concurso el comisario había desplegado contra ella todas sus artes de seducción (lo que, en resumidas cuentas, se reducía a emborracharla a conciencia) pero nunca había llegado más allá de la puerta de su habitación. No importaba, aún le quedaban cuatro días para doblregar su resistencia.

El señor Oficiante, puesto en pie como para proponer un brindis, hizo un breve relato de lo que se habían encontrado al llegar al salón, interrumpiendo de cuando en cuando su descripción para solicitar la venia de los testigos, que sólo tenían que limitarse a asentir, pues Ripstein hizo gala de tales dotes de observación, y presentó con tal precisión los detalles, que nada les quedó por añadir a los aludidos.

—El doctor Ventosa, aquí presente, certificó amablemente la defunción del señor Zurullo —el Oficiante dedicó a Ventosa una inclinación deferente— Naturalmente, nuestro biobot sanitario ratificó más tarde su diagnóstico —y añadió, solícito— Espero que no se haya sentido usted desairado por ello, doctor...

Ventosa, que se mecía sobre el asiento con la mirada extraviada, y la borla de su gorro —del que no había considerado necesario desprenderse— colgándole sobre la cara, emitió un sonoro eructo por toda respuesta. Antes de volver a su habitación se había ofrecido a colaborar en la investigación comprobando por si mismo la autenticidad y calidad del *ploff* hallado en la pipa de Zurullo. Si su muerte estaba en algún modo relacionada con aquella droga, él, como médico, sería el más cualificado para comprobarlo. Ventosa se sacrificaría gustosamente en beneficio de la verdad. Todavía mantenía entre los labios la pipa, a la que, tras calentar esporádicamente la base de la cazoleta con el mechero, propinaba desaforadas chupadas, aunque hacía rato que se había ya consumido hasta las heces todo su contenido. Los ojos vidriosos de Ventosa, su necia sonrisa, y sus frecuentes ventosidades incontroladas —conocido efecto secundario del *ploff*, que lo acreditaba además como poderoso laxante— daban fe de la incontestable calidad de la droga.

Ahora Chivas comprendía el interés de Ventosa por las «pruebas» y se reafirmó en su primera impresión sobre él. El cirio violeta era el único objeto de la «escena del crimen» que permanecía junto al Oficiante; seguramente Ventosa sólo lo había recogido también para disimular.

—Y bien, señoras y caballeros —Ripstein apoyó las manos en el borde de la mesa y exhortó a los concursantes con un barrido de sus ojos— ¿qué debemos hacer?



Un profundo silencio se adueño del comedor. Chivas se planteó por primera vez desde que se topara con el cadáver aquella misma pregunta. ¿Qué debían hacer al respecto de Zurullo?

Desde su llegada a aquella vieja y aislada mansión victoriana, donde tan bien había reproducido la organización del concurso la atmósfera de las viejas novelas y películas *Whodunit*, provocando en todos los concursantes una inclasificable premonición de desastre, Chivas había tenido siempre la sensación de que, de morir alguien asesinado, éste sería sin lugar a dudas el señor Zurullo. Como todos los adictos a la televisión, su mente estaba concienzudamente adiestrada en identificar personajes prescindibles y, si algo se podía decir del señor Zurullo sin ser demasiado grosero, es que era un hombre perfectamente prescindible. Rehuía siempre que le era posible la compañía de los otros concursantes —ignorando así la política recomendada por la organización, que animaba a la sociabilidad potenciando las distracciones de grupo, tanto para facilitar el objetivo como para probar en profundidad su nuevo prototipo— y tendía al aislamiento, dando frecuentes y misteriosos paseos en soledad por la mansión y alrededores. Respondía a las preguntas con agrios monosílabos y, si con alguien se mostraba más desagradable que con los concursantes, era con los biobots de servicio, a quienes trataba a base de insultos, maliciosos pellizcos y patadas. Además, andaba siempre de un modo furtivo y extraño, con las nalgas muy apretadas, como si padeciera de diarrea y fuera víctima de un permanente apretón— hecho bien posible si consideramos su agria expresión y su costumbre de ausentarse de los sitios sin motivo aparente. Chivas sonrió satisfecho con esa ocurrencia, sobre todo cuando pensó que Zurullo, al igual que él mismo, había escogido al fin y al cabo como apodo el nombre de una ambición personal.

Y por eso, Chivas, siendo hombre que, a causa de sus muchos vicios, había sufrido también aquella lacra de los intestinos, no pudo reprimir un impulso de solidaridad hacia el desconocido, triste y huraño, de cuya muerte se trataba allí...

—Quizá deberíamos llamar a la policía para que abriera una investigación —sugirió— después de todo, las circunstancias de su muerte no son lo que se diría... naturales.

—De acuerdo, es una posibilidad —convino Rispstein— Sin embargo, no deben ustedes olvidar aquello lo que se comprometieron en un primer momento, tras aceptar las bases del concurso —el Oficiante hizo una pausa de énfasis— ¡Confidencialidad absoluta! «Desenmascare al biobot» no es sólo un concurso, también es, ante todo y sobre todo, un pretest de producto —hizo otra pausa y dirigió a Chivas una enigmática mi-



rada de soslayo— Ustedes, una muestra seleccionada de individuos sagaces —murmullo de aquiescencia de los individuos sagaces, eructo de Ventosa— nos sirven para medir el nivel de sociabilidad de nuestros nuevos prototipos, así como su capacidad integrativa. Si avisáramos a la policía y hubiera una investigación en regla nos veríamos obligados a desvelar el motivo de nuestra reunión aquí, en esta apartada mansión... y los progresos biotecnológicos —la boca se le llenaba de saliva cada vez que pronunciaba palabras como esa— que nos han permitido diseñar nuestra Tercera Generación quedarían a merced de la competencia, siempre ávida por imitarnos...

«Seguro que la policía encontraría también algún otro motivo de sospecha en tanto secreto...» —pensó el comisario. Pese a la ya mencionada reducción de modelos, dada la existencia de diferentes firmas en los cinco continentes, la ley obligaba a los fabricantes de biobots a identificar sus productos como tales de manera inequívoca antes de sacarlos al mercado internacional. Era la única manera de aplicarles con garantías la legislación biobótica que, en resumidas cuentas, consistía en privarles de los derechos humanos, sobre todo en el ámbito laboral. Así, los había con los ojos rojos, o sin pupila; los había sin nariz, sin rastro de vello o sin pezones, aunque la práctica más habitual, como queda dicho, se reducía a tatuarles en la frente el código de barras. Sin embargo ninguno de los prototipos que habían participado hasta ahora en las eliminatorias contaba con señal distintiva alguna. Para tranquilizarse, Chivas se decía que no eran más que prototipos y que, después de todo, tal omisión resultaba lógica, dadas las condiciones del certamen. Y, sin embargo...

—ya conocen los problemas que nuestro sector atraviesa en estos momentos... —proseguía Ripstein, gesticulando ampulosamente— con todos esos iracundos sindicalistas intentando arruinarnos ante los tribunales. El más mínimo escándalo relacionado con nuestra actividad empresarial sería nefasto...

Chivas estaba al tanto, pues su agencia publicitaria poseía varias unidades de limpieza. Los biobots se consideraban, a todos los efectos, como maquinaria esclava. El comprador tenía el mismo poder sobre ellos que sobre su tostadora doméstica. Hacían jornadas de dieciocho horas, no paraban para almorzar ni fumar pitillos, no exigían máquinas de café y bolls en los pasillos, ni duchas higiénicas; tampoco pedían aumento de sueldo ni coqueteaban en horas de trabajo... un biobot era el empleado perfecto. Su pila de petaca —incluida de serie y no renovable— bastaba para mantener en funcionamiento el soporte cibernético durante todo su periodo operativo y, en cuanto a su carrocería orgánica, con una escudilla



diaria de gachas harinosas y un pocillo de agua iban listos. De ahí que los biobots con programación de obrero especializado se vendieran como rosquillas, a despecho de los sindicatos, que veían iracundos cómo sus afiliados iban a la calle mientras complacientes biobots —que, por supuesto, no pagaban cuotas sindicales— ocupaban sus puestos en las cadenas de montaje. Pero los sindicatos no se resignaban a la impotencia. Miles de pleitos por despido improcedente y competencia desleal estaban abiertos en todo el mundo, a la espera de que una sola sentencia favorable creara jurisprudencia y permitiera, en un futuro, vetar a los biobots los puestos que podían ser ocupados por humanos. Agentes sindicales se introducían como espías o sabotadores en las biofactorías. En las calles, operaban bandas de gamberros que se dedicaban a sulfatar con fósforo y prender fuego a todo biobot que tenía la desgracia de cruzarse es su camino. Como la única acusación que afrontaban dichos gamberros era la de vandalismo y destrucción de propiedad privada, resultaba difícil averiguar si las bandas recibían o no subvenciones de los sindicatos. Millares de biobots eran destruidos al año en todo el mundo, con las pérdidas que esto suponía, en dinero para el comprador, y en popularidad para el fabricante.

No era pues de extrañar que toda empresa biobótica ambicionara crear modelos que pasaran completamente desapercibidos. Esto no sólo les permitiría venderlos a un precio superior, sino que además podrían infiltrarlos en puestos de responsabilidad, con todo lo que ello conlleva. Pero el riesgo era grande. Chivas recordaba claramente —como lo recordaban todos en el mundo— el caso de aquella empresa neozelandesa, *Cyberslaves*, que había conseguido infiltrar a modo de prueba un biobot/directivo, nuevo y sin identificación alguna, en la junta de una Industria de Emplastos Medicinales. Al principio todo funcionó bien, pues el biobot resultó ser, sin tacha, un ejecutivo cojonudo, que realizaba sobrado el trabajo de media docena de sus compañeros. Sin embargo su frialdad y su eficiencia eran tales que pronto despertó envidias y suspicacias entre sus iguales y subalternos. Al fin y al cabo, se trataba de un biobot con nervios de fibra óptica, y eso se nota tarde o temprano. Fuera de sus labores programadas, los biobots son unos papanatas y unos sangres de horchata, sin hobbies, vicios ni pasiones inconfesables. El pobre prototipo había sido al fin descubierto, martirizado, vejado, humillado, embreado, emplumado y, posteriormente, incinerado por sus iracundos compañeros. Y la empresa *Cyberslaves*, cuyo logotipo fue identificado entre las cenizas, denunciada ante los tribunales.

Pero aquello no fue lo peor. Al episodio de Nueva Zelanda siguió una ola de pánico en todo el mundo; muchos inocentes ejecutivos, médi-



cos o abogados, sin más pecado a sus espaldas que una sana dedicación y capacidad profesional, habían sido igualmente torturados, vejados e incinerados por sus compañeros o competidores. Jefes quisquillosos, rígidos encargados, supervisores tiranos y demás arreadores varios sufrieron la sádica venganza de sus empleados. Esposas y esposos presuntamente poco activos sexualmente fueron asesinados en sus camas por sus propias parejas. Profesores soporíferos y demasiado exigentes, linchados en las aulas... Las consecuencias de esta locura colectiva no se hicieron esperar: para empezar, *Cyberslaves* había sido clausurada, y sus jefes y empleados empapelados a perpetuidad. Todas las empresas biobóticas habían visto inspeccionadas a fondo sus instalaciones, y fisgados sus libros y proyectos i+d. La legislación biobótica se había endurecido, y la producción de biobots era ahora estrechamente controlada por insobornables funcionarios del GCB (Grupo de Control Biobótico), un cuerpo policial de reciente fundación que operaba a escala internacional.

Es más, muchos reconocidos profesionales de todos los campos, atrrados por aquella fobia colectiva, habían optado por relajarse un poco, adquirir un par de vicios vergonzosos, y cometer de cuando en cuando pequeñas meteduras de pata en el trabajo. Si eran médicos, amputaban algún miembro sano cada cierto tiempo; si jueces, encerraban a un par de inocentes al mes; o bien se dejaban fotografiar en público con vedettes de dudosa reputación, mujeres de mala vida, y niños de corta edad, o aparecían lamentablemente ebrios en la sala o el quirófano...

(aunque, en el país de Chivas, aquello no había acarreado, a decir verdad, cambios considerables en el panorama de la actualidad).

Todo era poco con tal de no parecer un biobot.

Naturalmente, Ripstein había insistido en el hecho de que sus nuevos prototipos, altamente integrativos, no tenían otro objeto que facilitar la convivencia entre humanos y biobots, y les había garantizado que, una vez perfeccionada su programación en aquellos detalles que los habían hecho sospechosos a juicio de los ganadores, sus nuevos productos serían identificados y marcados tal y como estipulaban las leyes.

—Por todo ello —proseguía Ripstein— me permito sugerir que procuremos esclarecer las causas de este accidente por nuestros propios medios... Así, cuando llegue el momento, podremos dar a la policía y a la familia del señor Zurullo una versión coherente de lo ocurrido.

—Siempre que se trate de un accidente —señaló el comisario Chivas.

—Desde luego, lejos de mi intención restringir las posibilidades. Aunque pondría sin dudar la mano en el fuego por la integridad moral de cada uno de ustedes —se llevó la mano al corazón e inclinó la cabeza



en ademán teatral— créanme cuando les digo que, de demostrarse que ha existido algo oscuro en este asunto, yo seré el primero en telefonar a Scotland Yard. Todavía existen cosas más sagradas que el dinero y el progreso. Naturalmente, eso supondría la suspensión del concurso, la retirada del premio y la paralización del proyecto... Amén de un sin fin de molestias para todos...

Un coro de protestas se alzó como respuesta a aquella posibilidad. «¿Cómo podía tratarse de otra cosa que de un accidente! ¡Absurdo! ¡Si apenas nos conocemos!» Ripstein sonrió complacido.

—Bien, pues, si estamos de acuerdo, sugiero que todos tratemos de reconstruir en lo posible los movimientos del señor Zurullo en la noche de ayer...

Lady Lasaña levantó entonces la mano y, ahogando un bostezo, sugirió con voz apagada:

—¿Y no podríamos desayunar antes alguna cosa?

Los enfervorizados aplausos hicieron temblar los cristales en las ventanas.

Los lacayos se habían apresurado a traer de la cocina grandes jarras de café, leche y chocolate calientes, además de montañas de tostadas, ristra de salchichas, fuentes repletas de crujiente panceta, jamón y huevos. Pero lo más esperado y aplaudido del banquete fueron las elegantes botellas de cristal tallado, colmadas de los más variados licores, que los biobots distribuyeron por la mesa para que los concursantes aliñaran a discreción sus cafés y chocolates. Durante varios minutos nadie habló, dedicándose cada uno a recobrar el ánimo como sus apetitos se lo exigían. Sólo Ventosa continuaba en el limbo, meciéndose en su silla adelante y atrás, dejando escapar sin complejos eventuales eructos y ventosidades, y sin probar bocado. Los camareros correteaban frenéticos rellenando tazas y sustituyendo platos, mientras Ripstein aguardaba de brazos cruzados, sonriendo a todos e interesándose por la calidad del desayuno. Conforme el café iba perdiendo la batalla de la proporción contra el whisky y el ron en el interior de las tazas, hicieron su aparición los primeros cigarrillos, el brillo renació en los ojos y los pulsos comenzaron a apaciguarse. Llegados a este punto, el Oficiante sugirió que se retomara el tema de la reunión.

—Yo no estuve en la fiesta —dijo para abrir el debate. Era cierto; Ripstein estaba a su disposición con sólo marcar el número once, el de su habitación, en sus teléfonos de régimen interno, pero prefería concederles libertad de movimientos—, así que tendrán que contarme ustedes...



Mister Salami, que había encendido un puro de grandes proporciones, carraspeó para hacerse con la palabra. Se había vestido con un suéter deportivo a rayas y unos pantalones de golf. Tenía una voz profunda, muy varonil, como la de Frank Sinatra.

Al comisario Chivas no le era simpático Salami. Sólo le gustaba hablar de sí mismo, sin dar pie a la interrupción. Además, en varias ocasiones Chivas le había sorprendido estudiándole de lejos con una irónica mueca de superioridad, como la de quien conoce de otro un secreto inconfesable. Puesto que no se habían visto nunca, la única explicación posible para Chivas era que Salami sospechara de él como biobot; una actitud plenamente lícita y coherente con la prueba, pero que no dejaba de provocarle cierta sensación de incomodidad. «Al menos —se decía resignado— si él ya ha decidido votarme a mí es uno menos a repartir...» Y ese pensamiento le ayudaba a soportar el cínico escrutinio de Salami.

—Pues ¿qué quiere que le diga? —comentó agriamente— No recuerdo siquiera haber visto al Zurullo en la fiesta... a decir verdad, era un hombre más bien insignificante...

Varias voces se alzaron al unísono para discrepar, si bien, la que a la postre acabó prevaleciendo fue la voz chillona de la Marquesa de la Pita, una respetable matrona que, según había podido comprobar Chivas durante las lluviosas tardes pretéritas, era una irredenta ludópata. La siete y media no tenía secretos para ella y, de no ser por la torpeza de Confeti, su habitual pareja de mus, el resto de los concursantes habría perdido ya varias veces contra ella la cuantía del premio.

—Sí, sí que estuvo, aunque tardó bastante en cambiarse después de la cena, y me temo que, para cuando llegó, todos estábamos ya bastante achispados ... —propinó un coqueto pellizco en los bigotes de su vecino— ¿no es así, querido profesor Confeti?

El querido profesor Confeti enrojeció como un tomate. Para disimular, mojose los labios en su vaso de granadina con vodka —lo único que bebía sin importarle la hora, el muy maniático— pero los cristales de sus gafas seguían completamente empañados cuando contestó:

—¡Ejem! Sí, así es. Y, a pesar de que tuvo tiempo de sobra para arreglarse, creo recordar que llegó sudoroso, y con el smoking terriblemente arrugado...

—¡Oh, no me hablen de su smoking! —medió Mister Salami,— ¿alguna vez han visto una prenda tan pésimamente cortada? Apuesto a que ni siquiera era hecha a medida...

Salami se comportaba como un petimetre arrogante, sin ningún respeto por el difunto. Es cierto que él vestía siempre con una pulcritud y



elegancia envidiables, pero eso no le daba derecho a arremeter contra la solvencia de los demás. Chivas se creyó en la obligación de salir en defensa del señor Zurullo, su compañero de fatigas intestinales.

—Lo que no se puede negar es que nunca hasta anoche había estado tan animado con nosotros... —el comisario iba, poco a poco, recuperando los recuerdos de la noche pasada. El ron con que había aliñado generosamente su café obraba milagros en su cabeza.

Varios concursantes se apresuraron a confirmar el juicio de Chivas.

—...es cierto, repartía palmaditas a diestro y siniestro...

—...le vi vaciar de un trago una chopera de anís que hubiera tumbado a un caballo...

—...rió como un poseso mi chiste de la gallina en la autopista...

Se armó una fenomenal algarabía. Descontando al egocéntrico Salami, todo quisque tenía algo divertido que contar sobre Zurullo. El coronel Sémola tuvo que alzar mucho la voz para dejarse oír... Justo, justo, cuando todos se callaban:

—Y demostró una notable puntería cuando jugamos a los bolos con aquellas figuras de terra... ¡huy! —el coronel Sémola se detuvo de repente, como si acabara de recordar la presencia del Oficiante, que arrugaba cómicamente el gesto. Algunas risitas mal sofocadas celebraron con mala baba la metedura de pata de Sémola; aquello podía casi equipararse a un aula de revoltosos párvulos. Por fortuna, en ese momento, el doctor Ventosa, que seguía flotando en su Parnaso particular, soltó una estruendosa flatulencia, desviando hacia sí toda la hilaridad de la mesa. Incluso el abochornado Sémola se unió a ellas, satisfecho de haber superado la comprometida situación... Todo el sentido de la oportunidad que a Sémola le faltaba le sobraba a Ventosa hasta colocado.

—La verdad —dijo Lady Lasaña cuando hubo amainado el temporal de risas—, nunca hasta ayer había cruzado con el señor Zurullo más de dos frases seguidas.

—¿Ah, sí? ¿Y de qué hablaron, si no le importa? —quiso saber el Oficiante. Incluso Ripstein parecía haber acusado la atmósfera docente y pueril que gobernaba la reunión. Por su tono se diría que preguntaba: *¿qué tal se porta mi niño, señorita?*

—¡Qué se yo! De trivialidades, ya sabe... el clima, chismorreos, mis ciclos fértiles...

Ripstein asintió con satisfacción y masculló un «entiendo».

—¿Y nadie recuerda nada relacionado con la palmatoria? —la mirada de Ripstein se paseó por toda la asamblea, para terminar clavada, enarcando las cejas, sobre la modosa señorita De Felpa, que volvió a ruborizarse.



—¡Yo sí! ¡yo sí! —exclamó en cambio la señorita Compota, incorporándose bruscamente.

La señorita Compota era una mujer de origen asiático, aunque con la exuberancia carnal de una nórdica. Con su buen metro noventa de estatura, sus hombros de nadadora sustentaban airoosamente dos fabulosos pechos de marcados pezones. Llevaba el mismo escueto vestido rojo de la noche anterior, lo que hizo sospechar a Chivas que la dama no había dormido en su propia habitación. Pensó avinagrado que algunos concursantes irreflexivos se dejaban cegar por su lascivia, sin siquiera considerar que podían estar retozando con el biobot de turno... «Claro que yo tampoco me detuve a cuestionar demasiado la humanidad de la señorita De Felpa» —reconoció Chivas al punto. Y, su indignación dejó paso a una malsana envidia contra el afortunado concursante que hubiera gozado aquella noche de los favores de la Compota, fuera o no un biobot...

Decididamente, el vestido de la señorita Compota no era el adecuado para las ocho de la mañana, hora de las erecciones tontas; sólo con lo que dejaba al descubierto el doctor Frankenstein hubiera podido crear una mujer de tamaño mediano:

—Durante toda la fiesta el señor Zurullo estuvo persiguiéndome para pedirme constantemente fuego —explicó—, pues decía haber extraviado su mechero durante la cena...

—Sí, recuerdo que a mí también me lo pidió un par de veces... —convino el profesor Confeti.

«Y a mí..., y a mí..., y a mí...» —corroboraron varias voces unánimemente.

—Y a mí... —admitió también en un susurro la De Felpa, como si hablara para sí.

—La cosa resultaba bastante molesta —prosiguió la señorita Compota— aunque me esté mal el decirlo ahora, puesto que Zurullo parecía realmente alterado, como en tensión, y fumaba un cigarrillo tras otro. Además, recuerdo que, en más de una ocasión trató de robarme el mechero, guardándose lo disimuladamente en el bolsillo... y eso cuando no introducía sus manos en mí... —mirada de soslayo al profundo canalillo, por donde, en efecto, asomaba sugerente un mechero nacarado—. Acabó hartándose, y así se lo dije, amenazando con abofetearle si volvía a intentarlo... Entonces, él —la Compota endulzó el gesto y, sacudiendo los hombros, dejó escapar un par de coquetuelas risitas— Tuvo gracia, no se crean... entonces, él apareció con aquella aparatosa palmatoria y me rogó que se le prendiera: así no tendría que volver a molestarme, dijo. Se le veía realmente muy cómico con ella...



—¡Oh, sí! Lo recuerdo... —medió el coronel Sémola — me preguntaba qué hacía el señor Zurullo paseándose arriba y abajo del salón con aquella especie de lanza ígnea. Pero, dado que el comisario Chivas y la señorita De Felpa decían estar jugando a castillos bajo la mesa camilla, sin dejar entrar a nadie... —un coro de risitas se alzó entre los asistentes, para desconcierto del coronel, y sonrojo de los aludidos castellanos.

—Pues yo je, je... —continuo nerviosamente el coronel, mientras buscaba confundido las miradas de sus vecinos, pues no parecía acabar de comprender el motivo de las risas— yo... supuse que el señor Zurullo interpretaba el papel de centinela...

Una carcajada generalizada estalló a todo lo largo de la mesa. Incluso el señor Oficiante luchaba por controlar los hipos, apretándose las narices con la mano. Chivas buscó de nuevo la mirada de su castellana y la encontró, como él, carcajeándose discretamente a despecho de su sonrojo. Se atrevió a dirigirle un guiño de complicidad, no obstante saberse estrechamente observado por Mister Salami, quien, desentendiéndose de las risas, fruncía el ceño con disgusto.

—¿Qué ocurre... qué? —mascullaba el coronel— ¿He dicho algo divertido je, je...?

El Oficiante demandó silencio con un etéreo, pero enérgico, gesto de ambas manos.

—¿Quién fue el último de ustedes en abandonar el salón? —indagó.

—Creo que fui yo —reconoció el comisario Chivas, rememorando— la señorita de Felpa había olvidado su bolso bajo ¡ejem! bajo la mesa camilla y, bueno, yo me ofrecí a bajar en su busca...

—¿Recuerda si el señor Zurullo estaba todavía en la habitación?

—No sé... ¡Sí! Sí estaba, en efecto... Ahora recuerdo que me llevé un buen susto al verlo. Estaba sentado frente a la mesa camilla, alumbrado sólo por la vela ésta... —frunció las cejas procurando concentrarse— Tomé el bolso, que no estaba en realidad bajo la mesa, sino encima... Él no dijo una palabra; se inclinaba sobre un trocito de papel de aluminio, como el de los paquetes de tabaco... Yo pensé que estaría elaborando un barquito o una pajarita, cualquier tontería propia de la embriaguez. —hizo una pausa— aunque ahora, claro, supongo que lo hacía era desenvolver una papelina... Le deseé buenas noches y me fui...

El Oficiante exclamó un «¡ajá!», atrayéndose así la atención de todos.

—Entonces, todo queda claro —sentenció— El señor Zurullo estaba muy bebido y decidió quedarse el último en el salón. Al parecer, quería fumar a solas una pipa de *ploff*. Desclavó la vela de la palmatoria —Ripstein describió un amplio ademán hacia el grueso cirio violeta— con inten-



ción de usarla para calentar la pipa, del modo en que tan amablemente nos ha mostrado el doctor Ventosa. Entonces, algo debió ocurrirle, quizá se mareó por efecto de la droga, o quizá resbaló... quién sabe. El caso es que cayó sobre la palmatoria con tan mala suerte que el afilado estilete le atravesó el corazón.... —hizo una pausa— ¿les parece a ustedes razonable esta hipótesis...?

Como queriendo ratificar aquella explicación, el doctor Ventosa emitió una última flatulancia apocalíptica y, arrastrando consigo su silla, se desplomó pesadamente de espaldas sobre la moqueta. Un agrio olor a pañales sucios invadió el comedor. Su lacayo acudió corriendo a levantarlo, ayudado por el profesor Confeti, mientras el resto de la concurrencia se desternillaba sin complejos.

—*el señor Zurrullo perdió su culo-ulo* —canturreaba el balbuciente Ventosa, cuyos pantalón de pijama mostraba en su trasera una sospechosa mancha parduzca— *perdió su culo-ulo...*

El Oficiante no se sumó esta vez a las risas. Venciéndose sobre la mesa, se encaró con la señorita De Felpa. Chivas aguzó el oído, como cada vez que alguien aludía a su pimpollito boreal.

—Usted no ha dicho nada todavía, señorita De Felpa. ¿Quiere añadir alguna cosa? ¿Algún dato que considere interesante...? —sondeó Ripstein, arrastrando las palabras.

La De Felpa escondió la mirada, colorada hasta las cejas, y negó rápidamente con la cabeza. Ripstein pareció sorprendido y contrariado, pero se rehizo con rapidez.

—Entonces, antes de levantar la sesión: ¿estamos todos de acuerdo en que la muerte del señor Zurullo se debió a un desgraciado accidente?

Un murmullo de alegre aprobación acogió esas últimas palabras. Inbuidos de un excelente estado de ánimo, sólo achacable al ron y al opíparo desayuno, los concursantes se levantaron de sus sillas y se dispersaron hacia la puerta, comentando a grandes voces las incidencias de aquella mañana. La señorita De Felpa, tras despedirse de Chivas con una sonrisa, salió acompañada de Mister Salami, que parecía hacerle confidencias en susurros. Sémola y Compota, escoltando al biobot que cargaba con Ventosa, se cubrían las fosas nasales con los dedos y fruncían la nariz, riendo por lo bajo.

La versión oficial sobre la muerte del señor Zurullo había sido aceptada sin reservas por todos los concursantes. Únicamente cuando el señor Ripstein sugirió suspender la fiesta de aquella noche en señal de duelo, estallaron estos en enérgicas protestas.



El comisario Chivas permaneció en su sitio después de que todos hubieron salido, solo en el comedor, mientras su Mamita corría en busca de la aspirina que había solicitado para su dolor de cabeza. Ahora que todo había quedado aclarado, y podría al fin volver a la cama, debería sentirse mejor. Sin embargo, una extraña sensación le cosquilleaba en la nuca, provocándole escalofríos por todo el cuerpo; una sensación que nada tenía que ver con la fiebre. Sus premoniciones de desastre no se habían colmado en absoluto con la muerte de Zurullo. La inquietud permanecía ahí, contagiándose el ambiente de aquella mansión y, curiosamente, toda la conversación anterior no había hecho sino agravarla. No, Chivas no estaba satisfecho. Había algo en lo que se había dicho, o quizá en cómo había sido dicho, que no encajaba, que no era totalmente correcto.

En la mesa, al alcance de su mano, con el cabo espachurrado por su propia pantufla, permanecía aún tumbado el cirio violeta que, como había sido generalmente acordado, Zurullo quiso emplear para calentar su *ploff*. Distráidamente, Chivas la cogió y comenzó a voltearla entre sus dedos.

Sobre la cera tibia habían quedado impresas, superpuestas unas sobre otras, las huellas de las tres manos que aferraron el cirio aquella mañana. Mientras meditaba, Chivas se entretenía en delimitar con sus uñas los contornos de aquellas tres manos. Era un entretenimiento divertido, como unir los puntos numerados de los pasatiempos. La primera mano que terminó era, inconfundiblemente, la de Ventosa; una mano gruesa, de palma ancha y dedos cortos y gordezuelos. Los finos dedos, con delicadas y suaves falanges de la segunda le recordaron los sutiles y etéreos gestos de su Oficiante. Así que, la tercera, la que estaba más marcada por la crispación de la muerte, sólo podía pertenecer al señor Zurullo. Pero, ¡qué curioso!; mientras que en las dos primeras manos, habían quedado tenuemente impresas las líneas de la palma y las huellas dactilares, la tercera, la de Zurullo, era completamente lisa; sólo los bordes y relieves se apreciaban con bastante nitidez.

—Su aspirina, señor comisario —su Mamita se había deslizado sigilosamente hasta su espalda, y depositaba sobre la mesa una bandeja con un vaso de agua chispeante.

El comisario se volvió, y miró fijamente a su lacayo. Éste sonreía, servil y obsequioso, pero no desviaba en absoluto la mirada. La guerra de voluntades le era completamente ajena. En cuanto al comisario, sostener la mirada de un biobot le resultaba tan difícil como contemplar el ojo de la lavadora.



—Dime, lacayo —le dijo, con el tono en que se habla a los niños— ¿tienes nombre?

—El que usted guste, señor comisario; puede llamarme Seis —respondió, señalando el número de su librea— o como mejor le convenga. Sólo le rogaría que, para evitar malentendidos, se mantuviera en adelante fiel a su decisión...

—Trato hecho. Te llamaré Mamita, ¿te gusta?

El biobot se encogió de hombros.

—Mamita —repetió— Si a usted le gusta, señor, lo llevaré con orgullo...

—Pues bien, Mamita —Chivas había tenido una corazonada— déjame ver la palma de tu mano.

El biobot extendió sumiso la mano con la palma hacia arriba, y Chivas se inclinó ávido sobre ella, con el fin de comprobar lo atinado de su instinto detectivesco.

Pero no, las manos del biobot, ásperas y encallecidas por el duro trabajo, tenían tantas líneas, y huellas dactilares tan marcadas como la suya propia, si no más. Las mismas líneas y huellas que una vez poseyó el difunto donante del material genético que lo constituía.

«No podía ser tan fácil —se dijo Chivas—. Además, si el difunto Zurullo fuera el biobot en cuestión, Ripstein nos lo hubiera dicho... ¿verdad?»

Chivas se recostó contra el respaldo y apoyó los pies sobre la mesa, sólo un poquito decepcionado. Admitía que había pecado de ingenuo. Suspiró profundamente y, acto seguido, arrugó con asco la nariz. En el comedor había quedado flotando una acre pestilencia, sólo achacable a las flatulencias de Ventosa y su ulterior «percance». Ordenó a Mamita que abriera las ventanas.

«Pobre Ventosa, qué papelón...» Pese a considerarlo un majadero, el comisario se compadecía del doctor; sólo con pensar en el escarnio y vilipendio que le esperaba, sentía cómo sus orejas enrojecían de vergüenza ajena... Pero, después de todo, él mismo se lo había buscado, al subestimar las propiedades laxantes del *ploff*.

Y, entonces, de golpe, llegó la iluminación. El comisario Chivas recordó la peculiar forma de andar de Zurullo, su agria expresión, su extraña costumbre de abandonar sin motivo las reuniones... Y allí estaba la clave que buscaba, la pieza que no acababa de encajar en la hipótesis de Ripstein:

«¿¡Cómo un hombre que sufría de diarrea sería tan cretino para fumarse una pipa de *ploff*!?»



II. La superioridad del hombre sobre la máquina

El vetusto marcador manual, accionado al alimón por la Marquesa de la Pita y la señorita De Felpa, señalaba en su casillero de juegos un rotundo seis a cero.

—¡Set y partido! —exclamó Mister Salami, saltando ágilmente por encima de la red para ayudar al comisario Chivas. Éste había quedado tendido de bruces sobre la hierba tras el último punto, sin fuerzas siquiera para recoger su raqueta y levantarse.

Junto a Salami, se acercaron también, invadiendo la pista, las dos mujeres que llevaron el tanteo y los lacayos de ambos competidores, portando sendas toallas. Otro lacayo había sido el designado para hacer las veces de juez de silla, pues éstos no sólo disfrutaban de una perfecta visión, sino que además podían almacenar recuerdos en su memoria y reproducirlos las veces que fuera necesario. Lamentablemente, también estaban programados como serviles lacayos, por lo que las broncas e impropiedades de Salami —que no perdonaba una— habían hecho más mella en él de lo que al más pacífico Chivas le hubiera gustado, obligándole a cambiar en su provecho varias decisiones que no sólo todos sabían precisas, sino que además no habrían de influir a la postre en el resultado.

Comoquiera que la mañana había salido despejada, con un sol tacaño y desvaído pero, aun y todo, de agradecer en aquellas latitudes, el resto de los concursantes, exceptuando al profesor Confeti, habían acudido también a presenciar el partido y aplaudían ahora su resolución desde detrás de las verjas metálicas que rodeaban la pista de hierba. Se habían desplegado allí varias sillas y mesas de camping, que un pelotón de criados se afanaba en servir, distribuyendo un surtido de aperitivos y licores. Una senda de tierra apisonada, flanqueada por bancos de filigrana, partía de la entrada de jugadores y serpenteaba entre los cuidados setos y árboles del jardín, por encima de cuyas copas se alzaban, parcialmente cubiertos de hiedra, los muros de la mansión.

Chivas se dio la vuelta y se incorporó hasta quedar sentado, encasquetando la cabeza entre las piernas mientras resollaba, tratando de recuperar el aliento. El piso todavía estaba húmedo a resultas de las copiosas lluvias que cayeron la noche anterior y, dado que la hierba de la pista raleaba en muchos puntos, todo su flamante conjunto de tenis había quedado cubierto de fango. Mister Salami no sólo le había ganado con holgura, sino que además le había propinado una buena paliza.

Salami le tendió la mano y le ayudó a incorporarse con un vigoroso tirón, que a Chivas se le antojó más una demostración de fuerza que de



cortesía. El rostro de Salami ni siquiera reflejaba un mínimo cansancio, y su blanco conjunto aparecía impoluto, con sólo unos finos rastros de sudor en el pecho y las axilas. No era de extrañar, pues había demostrado sobradamente ser, si no un profesional, sí un consumado jugador. Le había obligado a correr de lado a lado de la pista durante todo el partido, forzándole a lanzarse en plancha para devolver in extremis algunas bolas, y luego, dejado en ridículo su esfuerzo numantino por recuperarse con humillantes boleas a contrapie. Y es que Chivas, pese a no estar ya en muy buena forma, se había negado obstinadamente a dar un punto por perdido. Aun sabiéndose en inferioridad de condiciones ante el más joven, entrenado y robusto Salami, luchó por ganar aquel desafío hasta el último momento. Y la presencia como testigo de la señorita De Felpa era sólo una entre sus muchas razones para ello.

Salami se echó sobre los hombros la toalla que le tendía su lacayo y, sin dirigir a Chivas una sola palabra de felicitación por su esfuerzo, o un simple comentario de deportiva conmiseración, se volvió hacia el público y exclamó:

—¡Una vez más, se demuestra la superioridad del hombre sobre la máquina!

Los asistentes celebraron gozosos aquella broma, palmoteando y riendo, con la boca llena de aceitunas, angulas, caviar y delicias de cangrejo. Ese tipo de humor se había vuelto habitual entre los concursantes según se iba acercando el día de la votación. Se arrojaban tornillos a su paso y luego decían burlones: «¡eh, C.3.P.O, que vas perdiendo piezas..!»; o rellenaban a hurtadillas con lubricante las copas de su vecino y, acto seguido, proponían un brindis por Nexus 6... Era una forma tan buena como cualquiera de desahogar la tensión y de disimular, frivolisando, la avaricia que todos sentían respecto al premio, así como la incertidumbre y la suspicacia con que cada uno observaba a sus propios sospechosos.

Pero, sobre todo, el humor les servía para rehuir una terrible duda que rondaba sus mentes y envenenaba sus sueños desde que Rispstein les diera, el día de la muerte de Zurullo, la fatídica pista...

Durante la cena de aquel día, con el accidente todavía copando las conversaciones, el profesor Confeti había tenido el valor de plantear un tema que intrigaba a todos, aunque nadie se había atrevido todavía a mencionárselo al Oficiante, quizá por miedo a su respuesta.

—Señor Rispstein, todos sabemos que *Biobots* ha invertido fabulosas sumas en este proyecto. Por eso no nos extrañaría que hubieran instalado ustedes cámaras y escuchas en la mansión —dijo como quien no quiere la cosa— Después de todo es lícito que quieran seguir con detalle las



evoluciones de su prototipo y, en cuanto a nosotros... bueno, ojos que no ven corazón que no siente; lejos de mi intención juzgarles, máxime considerando el excelente servicio y las mil atenciones que nos dedican. Sólo me planteaba si, de existir estas escuchas, podrían quizá disponer ustedes de una grabación del accidente que les hubiera pasado por alto... Eso terminaría de zanjar el asunto.

Ripstein ocupaba, como cada vez que se decidía a unirse a ellos, la cabecera de la mesa. Por unos momentos, pareció que la pregunta le incomodaba, pero recuperó pronto el control. Se limpió delicadamente la boca con la servilleta y se incorporó para dirigirse a todos.

—Esperaba que me hicieran esa pregunta tarde o temprano —dijo con voz grave— No, profesor, no hemos instalado escuchas en las habitaciones. Pueden comprobarlo; busquen tanto como quieran. Si los avances de nuestro prototipo nos interesan, igualmente nos interesan sus fallos, fallos que los ganadores deben descubrirnos. Y, para ello, contamos con que ustedes se comporten en sociedad como lo hacen habitualmente. Nos planteamos, en efecto, lo de las escuchas, incluso instalarlas sin que ustedes lo supieran pero, finalmente, decidimos no hacerlo. Si descubrían alguna por casualidad, su proceder hubiera ganado sin duda en comedi-miento y afectación y, consecuentemente, la prueba perdería en fiabilidad...

Ripstein paseó sus ojos sobre los comensales, sorprendiendo varias miradas escépticas. Todos habían hecho cosas durante aquellos días que no deseaban ver grabadas.

—Pero si les inquieta por el hecho de revelar datos personales, tranquilos... En realidad, contábamos con ello; de otra forma, no pondríamos a su disposición tanto y tan buen licor... —hizo un guiño— Los seudónimos no poseen más función que la meramente lúdica. No tiene demasiada importancia; de hecho, nuestro prototipo, y consideren este dato como una pista, está programado para mentir tan bien como cualquiera de ustedes...

El señor Oficiante ahogó una risita perruna y, alzando las cejas, añadió:

—Es más, a estas alturas de la final, estoy autorizado para decirles que la mentira es la base de su programación...

—¿Qué quiere decir con eso exactamente? —preguntó el coronel Sé-mola.

—El biobot cuenta con una base de recuerdos vitales completa. Podríamos decir que se miente incluso a sí mismo. En resumidas cuentas: nuestro prototipo no sabe que es un biobot...



Aquel dato cayó como una bomba sobre los comensales, haciendo olvidar en el acto el asunto de las escuchas. Durante un rato todos comieron en silencio, sin levantar la mirada de sus platos. Sólo Mister Salami rehuía la introspección, para observar disimuladamente al comisario, con el escepticismo pintado en su rostro.

—Ocho a uno... — había murmurado Chivas para sí, retomando un viejo cálculo.

El Oficiante le miró, divertido.

—No; comisario, nueve a uno, nueve a uno —le corrigió— Por supuesto, les autorizo a votar por si mismos —y añadió, volviendo la cabeza hacia el cheque que reposaba en La Urna— Si aciertan, estupendo, todo quedaría en casa ja, ja, ja...

—¡La superioridad del hombre sobre la máquina! —repitió Salami, halagado por las risas.

Chivas enrojeció de rabia, mientras tomaba de manos de su Mamita la toalla que le tendía, y que acabó pronto tan llena de barro que no pudo siquiera enrollársela virilmente sobre los hombros, como hizo Salami. El comisario se servía tanto como cualquier otro de las bromas; sin embargo, aquel comentario, en boca de Salami, no escondía en absoluto una broma sino un insulto y una velada amenaza, y Chivas lo comprendía perfectamente así. No es que Salami se rebajara a urdir contra el comisario bromas tan pueriles como las mencionadas; no, el llevaba el asunto a un terreno mucho más serio y personal. Chivas ya se había percatado por su actitud de que Salami sospechó de él como biobot desde el día de la presentación; pero ese incómodo escrutinio, que confiaba se iría diluyendo conforme Salami se hiciera con más candidatos, sólo se había vuelto con el tiempo más estrecho y agobiante. Vigilaba todos sus movimientos y no desaprovechaba ocasión para desafiarle delante de todos a las más diversas pruebas de fuerza, inteligencia o habilidad.

Imposible saber si lo hacía por probarle, enfrentándole a situaciones que descubrieran su naturaleza robótica, o por ese absurdo orgullo racial que nos lleva a perder una partida de ajedrez detrás de otra contra el ordenador. Chivas apostaba por esto último pues, durante los días anteriores ya le había dado a Salami sobradas pruebas de no ser en absoluto un superhombre, mucho menos de contar con un control absoluto de sus nervios y ritmo cardiaco. Había perdido, entre otras cosas, pulsos, carreras de natación en la piscina, razonables cantidades al poquer y duelos de malabarismo con figurillas... Ni siquiera en el levantamiento de vidrio en barra fija, disciplina de la que Chivas se consideraba un consumado profesional, podía dejar atrás a Salami. Siempre lo encontraba espiondo por



encima de su hombro cuando se llenaba el vaso, y luego, alzando la voz más de lo que la situación requería, ordenaba que le llenaran el suyo un poquito más, para, después de dirigirle una mirada desafiante, vaciarlo de un solo trago, forzando así a Chivas, que era bebedor tranquilo pero constante, a emularle si no quería hacer el ridículo.

Y lo peor era que, si creía en la fatídica pista de Ripstein, ni siquiera podía ya consolarse pensando que el voto de Salami sería un voto perdido.

La tarde anterior, que había salido triste y lluviosa, como era propio de esas latitudes, los concursantes se habían reunido en el salón para su habitual velada de juegos. Salami se había apresurado a formar equipo con la Marquesa de la Pita y, trayendo del brazo al torpe profesor Confeti para completar las parejas, propuesto a Chivas una partidita de mus. Pero todos sus trucos para partir con ventaja no le sirvieron de mucho en esa ocasión. Un órdago a pares perdido con dos sotas por la marquesa había dado in extremis la victoria al comisario en una partida extraordinariamente igualada. Pese a ser la primera vez que Chivas conseguía derrotarle, Salami había demostrado ser un pésimo perdedor. Primero, había puesto de vuelta y media a la pobre marquesa, acusándola de jugar en beneficio de su admirado profesor, con el consiguiente sonrojo de éste. Luego, había montado un alboroto con las pitas, pretendiendo reparar una a una todo el tanteo de la partida; incluso había llegado a acusar a Chivas y Confeti de pasarse señas ilegales. Chivas no había conseguido quitárselo de encima hasta que aceptó concederle la revancha en la pista de tenis. Como sería la última ocasión que tendrían de enfrentarse, pues ya esa misma tarde, a las cinco, tendría lugar la votación y la fiesta de clausura, ambos habían considerado ese partido en su fuero interno como una especie de final. Una final en la que Salami, como siempre, quiso partir con ventaja. Seguramente pertenecía a algún club y entrenaba tres veces por semana.

Sin embargo, las cartas, el tenis y el licor no eran los únicos terrenos donde Salami gustaba de demostrar continuamente su supremacía sobre Chivas.

Aun encontrándose ya en el último día de la prueba, el temido día de la votación, y pese a que sus esfuerzos por vencer las defensas de la De Felpa no habían ido sino marcha atrás desde la mañana del accidente, Chivas no se resignaba, del mismo modo que no daba por perdido un punto hasta que subía al marcador de su rival. Ella se había acercado ahora hasta donde se encontraban y el dolorido Chivas pensó que era una inmejorable ocasión para pedirle un masaje...Se adelantó para ofre-



cerle su brazo. Pero, cuando abría la boca para hablar, una gigantesca flema reptó desde sus pulmones, y lo único que emitió fue un repugnante y húmedo gorgojeo.

Entonces, Salami se interpuso y ofreció su brazo, mucho más limpio y robusto.

—Señorita De Felpa, ¿me haría el honor de acompañarme? —dijo con su voz, modulada y varonil. La aludida bajó los ojos y asintió tímidamente, enlazando el brazo con sus delicadas manos.

Y Chivas se quedó allí, solo, en medio de la pista con su solícita Mamita que, tras recoger su raqueta, le recomendaba insistentemente una ducha tibia.

La flema del comisario rebotó sobre la hierba. A modo de premio de consolación, la Marquesa de la Pita les esperaba en la puerta de la verja.

Chivas reconocía que, con Salami, le había salido un respetable rival por los favores de la De Felpa. Que un figurín como Salami dedicara tantas atenciones a una joven más bien del montón, poco amiga del maquillaje y de las prendas provocativas, amén de irreprochablemente casta, al comisario se le antojaba una especie de desaire personal —hecho que parecían confirmar las miradas altaneras que el pollo le dirigía, a él exclusivamente, cuando conseguía arrancarla de su lado— así como competencia desleal. Los gustos de estos tipejos arrogantes solían adecuarse más a físicos espectaculares como el de la Compota, pero Salami apenas le había dedicado un par de miradas. Chivas estaba convencido de que, si le tiraba un poquito los tejos a la despampanante asiática, Salami cambiaría inmediatamente de objetivo, sólo por chincharle. Pero ésta, quizá a modo de consuelo, parecía encontrar ahora sumamente cautivador al patoso coronel Sémola, que no ganaba para sudores y sofocos bajo sus atenciones y coqueteos. Por su parte, el apacible profesor Confeti ya tenía bastante con tratar de eludir las atenciones de la Marquesa de la Pita, que había convertido la conquista del profesor en una apuesta personal. Aquella mañana, con la excusa del partido, el profesor había conseguido escapar del asedio y, según dijo confidencialmente al comisario, con quien había trabado buena amistad, iba a sumergirse hasta la nariz en el yacuzzi. Al comisario sólo le quedaba libre Lady Lasaña, pero esta era seca y lisa como una tabla, gustaba de erigirse en líder, haciendo a todas horas sugerencias que nadie seguía, y tenía además una cara de linotipista que tiraba para atrás. Quizá por eliminación, solía pasar largos ratos junto al doctor Ventosa, ambos grotescamente callados; él, colocado o borracho hasta las cejas, y ella, aguantando con mustia expresión sus eructos y ventosidades,



que parecían haberse vuelto crónicas desde que la pipa de *ploff* se erigiera en compañera habitual del doctor.

—Ha hecho usted un buen partido, comisario —dijo la Marquesa, que, no obstante, volvía de cobrarle al idiota de Sémola el importe de la apuesta que habían cruzado sobre el partido. Aunque estaba enfadada con Salami por la bronca posterior al órdago, una apuesta era una apuesta— quiero decir que ha derrochado generosamente la proverbial furia española...

Chivas emitió un gruñido inarticulado por toda respuesta, mientras veía como la pareja Salami-De Felpa tomaba ya la senda en dirección a la casa. El resto de los concursantes apuraron los vasos, se levantaron también de sus mesas y partieron en comitiva tras ellos, pues ya se acercaba la hora de comer. Chivas buscó su paquete de cigarrillos —cura de burro para las flemas— y su mechero en los bolsillos de su pantalón de deporte. Con los alvéolos bien abiertos por el ejercicio, aquel cigarrillo le supo a gloria.

—¿Ha pensado ya de qué va a disfrazarse? —preguntó la marquesa. A sugerencia de la, por una vez complacida Lady Lasaña, se había decidido que la fiesta de clausura fuera una especie de baile de máscaras. Todos lo habían juzgado una estupenda idea, acorde con el espíritu del concurso. Máxime cuando, para entonces, descubierto el biobot, podrían ya intercambiarse direcciones y teléfonos —yo he escogido para el profesor un disfraz de sabio despistado que le sentará estupendamente. Verá, no incluye pantalones bajo la bata ni...

La comitiva se disgregó al llegar al ángulo Sureste de la mansión. La senda se bifurcaba allí. Un primer ramal llevaba a la plazoleta circular que, con su fuente de querubines y sus parterres floridos, servía de acceso a las escalinatas de entrada. Desde allí se podía ver, al fondo de una corta avenida de plátanos estilo plantación, el borde de los acantilados y el mar, pues la mansión y su jardín se apoyaban sobre un pastizal que, tachonado de pequeñas rocas graníticas, descendía suavemente hacia la escollera. Sémola, Compota, Lasaña y Ventosa, acompañados de sus fámulos, se encaminaron directamente a la casa. Chivas tomó el estrecho paseo que, rodeando la mansión, conducía a un gran pabellón acristalado de estilo modernista. Antiguamente había servido como invernadero, pero ahora albergaba la piscina cubierta, el yacuzzi y las duchas, aunque todavía conservaba grandes macizos de begonias y plantas tropicales.

Salami y la De Felpa les precedían; él se había desprendido ya de su apenas sudada camiseta y contraía sus formidables músculos, especialmente los del brazo que aferraba la joven.



La Marquesa de la Pita no se despegaba de Chivas pues, como buena chismosa, estaba bien enterada de la reciente amistad que lo unía con su adorado Confeti.

—Y, dígame, ¿no tiene idea de dónde puede encontrarse el profesor?

Chivas aguzó el oído. Le había parecido escuchar que Salami sugería a su pimpollito algo sobre frotarle la espalda. Y ella, lejos de ruborizarse, había respondido con unas risitas muy elocuentes. «Al diablo —pensó— que les aproveche a los dos...» Expulsó una voluminosa nube de humo y se volvió hacia la marquesa.

—Sí, sé donde está el profesor, y estoy seguro de que se alegrará de verla...

Entraron en el pabellón, que olía deliciosamente a floresta, y donde reinaba un estupendo calorcillo húmedo que se condensaba a ras de suelo en una ligerísima calina. La caseta cerrada de las duchas y la sauna se encontraba junto al jacuzzi, en el extremo opuesto de la piscina. Pequeñas palmeras y macizos de grandes flores tropicales ocultaban totalmente el jacuzzi, lo que proporcionaba al bañista la estimulante ilusión de chapotear en una poza natural. Chivas cogió del codo a la marquesa, y tomando una angosta trocha entre dos largas jardineras que corrían paralelas a la piscina, la animó en pos de Salami y su pareja.

—Por cierto, —Chivas acababa de ver al lacayo de Confeti, el del número nueve, escurrirse entre las begonias con una gigantesca tijera de podar. Dedujo que, mientras su amo se bañaba, el biobot aprovechaba para realizar tareas de jardinero— ¿se ha traído bañador, marquesa?

—¿Bañador? No, ¿por qué?

—¡Mucho mejor! Seguro que Confeti tampoco lo lleva...

Al comisario le divertía la idea de reunir a la marquesa con el profesor en el jacuzzi. Confeti le caía simpático y, pese a las tímidas reticencias de éste, apostaba a que, en realidad, le halagaban las atenciones de la matrona.

La noche anterior, mientras que Salami había corrido a acostarse con objeto de estar descansado para el partido, Chivas se había quedado con Confeti, su reciente pareja de mus, confortablemente instalados ambos frente a la chimenea del comedor en dos mullidas butacas. Con el comedor desierto, a la íntima luz de las llamas, mientras la ventisca empujaba embates de lluvia contra los cristales, bebieron —coñac él y granadina con vodka Confeti— charlaron y fumaron puros hasta altas horas de la madrugada. Sus dos lacayos les acompañaban, como de costumbre, llenando sus copas y prendiendo sus habanos, pero manteniéndose en un respetuoso segundo plano, fuera del cerco de las llamas, mientras no pre-



cisaran de sus servicios. Chivas había descartado hace tiempo a Confeti como prototipo, pues su avanzada edad lo haría, no sólo antiestético en los catálogos sino, sobre todo, poco apropiado para los duros trabajos a los que un biobot estaba abocado por ley, y eso le permitía una intimidad imposible con otros concursantes masculinos. Habían hablado de muchas cosas. El profesor Confeti, solterón empedernido, era doctor en filosofía y, en efecto, ejercía como profesor en una universidad cuyo nombre calló por respeto a las normas, aunque era, posiblemente, el participante que menos ambición demostraba por el premio. Como el mismo declaró, había aceptado la oferta inicial de *Biobots* sólo por aprovechar su última excedencia antes de la jubilación, en plan vacaciones pagadas. Le gustaba la vida tranquila y, sinceramente, de obtener el premio, no sabía qué diablos hacer con él. Y, puesto que tampoco había logrado hacerse con un sospechoso prometedor, se planteaba votar en blanco para no restar oportunidades a los más jóvenes. Chivas le felicitó —quizá demasiado efusivamente— por su actitud altruista.

A partir de ahí, la conversación había acabado derivando hacia el tema del concurso. El profesor, maravillado por la sofisticación que *Biobots* había alcanzado en sus nuevos prototipos, confesó, empero, no estar muy al día en cuanto a adelantos cibernéticos y expresó su curiosidad sobre el proceso de fabricación de los biobots.

—Yo no puedo serle de mucha ayuda, profesor —reconoció Chivas— Sin embargo, sí sé quién puede serlo —y, volviéndose hacia las sombras, llamó— ¡Mamita! Acércate, por favor...

El hecho de poner nombre a un biobot había producido en Chivas un efecto extraño. A menudo se sorprendía despotricando contra Salami en su presencia, o quejándose de la equívoca actitud de la De Felpa hacia sus insinuaciones, tal y como si, de verdad, estuviera haciendo confidencias a un antiguo y fiel criado de la familia. El biobot era un perfecto oyente, que nunca interrumpía para dar consejos banales, ni asentía estúpidamente fingiendo escuchar mientras buscaba distraído en su memoria una experiencia afín con que copar la conversación. A veces era también un poco cargante, persiguiéndole a dondequiera que fuera, pero el caso es que, apenas sin darse cuenta, Chivas le había tomado cariño. Aunque este cariño era más parecido al que se puede sentir por un chucho, o por una petaca de plata labrada, el hecho es que nunca antes se le hubiera ocurrido a Chivas incluir de ese modo a un biobot en la conversación.

El biobot se aproximó a la chimenea, situándose cortésmente entre ambos sillones.



—Al profesor le gustaría saber cómo... cómo nacéis vosotros, los biobots.

—Si el señor lo desea, disponemos de una surtida colección de videos promocionales que...

—No necesitamos un aburrido publirreportaje. Sólo cuéntenos lo que recuerdes; si es que recuerdas algo...

El biobot dudó unos segundos, como si repasara exhaustivamente su programación, en busca de cualquier directriz que le impidiera complacer al comisario. Pero no pareció encontrarla porque, al cabo, carraspeó —un gesto programado, sin duda— y, tras depositar la bandeja en la mesita de café, se plantó muy tieso frente a ellos. Hablaba reposadamente, con las manos a la espalda, sin gesticular ni variar el tono. Era un modelo de primera generación, sin demasiados recursos.

—Imagínense todo el entramado nervioso humano extraído de una pieza, desde el cerebro, pasando por el bulbo y la médula espinal, hasta sus más insignificantes terminaciones. Pues eso era yo en un principio aunque, naturalmente, compuesto en su mayor parte de silicio y fibra óptica. Mi única programación activa consistía entonces en un complejo código genético del que sólo se habían borrado las directrices referidas al sistema nervioso; si bien mi procesador incluía también ya, inactiva, una placa descodificadora de lenguaje y patrones básicos de comportamiento, además del suficiente soporte de memoria para albergar en el futuro patrones más complejos, así como los reflejos y conocimientos técnicos relacionados con mi labor asignada. Al principio, mis terminaciones nerviosas sólo percibían el contacto del líquido de la cuba donde me encontraba completamente sumergido. Un líquido denso, que contenía, en las proporciones adecuadas, todos los elementos del organismo humano. Pero, en un plazo de pocos días, conforme mis nervios transmitían impulsos eléctricos a las enzimas y compuestos proteínicos de la solución, ésta se iba solidificando, adhiriéndose, arrojando los nervios cibernéticos en las posiciones adecuadas. Huesos, músculos, venas, órganos, tejidos, piel, desde dentro hacia fuera, progresivamente, pero siempre adecuado al código genético del donante. Y, pronto, comencé a experimentar sensaciones táctiles, gustativas, olfativas... Para cuando abrí mis ojos y pude ver, a través de ese líquido rosado y del cristal de mi cuba, la biofactoría, y a los técnicos que trabajaban en ella, mi cuerpo ya era perfectamente reconocible como el de un humano adulto. Dos conexiones me unían a las máquinas de apoyo. La primera se fundía con mi ombligo y, al igual que un verdadero cordón umbilical, me abastecía de oxígeno y nutrientes simples. La segunda era un conector electrónico que se unía a un interface de apoyo.



Se introducía por canal auditivo para no dejar cicatrices y llegaba hasta el procesador principal, sito donde ustedes tienen su cerebro. Durante mis últimos días de cuba, mientras se completaban en la solución los detalles más superficiales de mi apariencia, recibiría, a través de esa conexión, mi programación definitiva, todo lo que necesitaría saber para desarrollar mi trabajo, así como ciertas sutilezas de conducta que ustedes asocian a la personalidad. Luego fui decantado, me dieron una palmadita en el...

—Basta, basta, Mamita, ya es suficiente, gracias...

El biobot les dedicó una última inclinación y se retiró sumiso hacia la sombra. Chivas y Confeti permanecieron un buen rato en silencio, mientras meditaban sobre lo que habían escuchado. Fue el profesor el primero en tomar la palabra:

—¿Sabe? quizá yo no sepa mucho en materia tecnológica, pero me fascina el aspecto filosófico y moral de la cuestión biobótica...

—¿Moral...? —bostezó Chivas. La charla amenazaba con derivar hacia cauces soporíferos.

—Sí, verá... Los avances de *Biobots* respecto a la capacidad integrativa de sus prototipos me han sugerido una interesante teoría je, je... —se repantingó en su sillón y adoptó un tono didáctico. A Chivas le estaba bien empleado por darle cuartelillo— La mente del *Homo sapiens*, la suya y la mía, comisario, está formada por dos niveles o caras complementarias. Cuando vivimos en sociedad mostramos nuestro anverso racional, un maquillaje compuesto por toda esa serie de normas y costumbres aprendidas que nos permiten convivir sin degollarnos unos a otros por un plátano. No obstante, lo que nos impulsa realmente es nuestro reverso emocional. Los instintos, los miedos, los sentimientos más primarios, los mitos ancestrales... dirigen en el fondo nuestra conducta y encauzan las decisiones más determinantes, revelándose a través de las reacciones emocionales, irracionales, gestos reflejos, expresiones faciales que escapan involuntariamente del maquillaje... Esa es nuestra debilidad, pero también nuestra fuerza. Una fuerza que nos impulsa, por el miedo que le tenemos, hacia su propia destrucción. Coincidirá conmigo en que la evolución, el progreso, se puede entender como un alejamiento gradual de ese nivel oscuro y caótico, un esfuerzo por domarlo, por someterlo al anverso racional. Tendemos al maquillaje, al fingimiento, antes que a la fuerza y la sustancia... Estamos aún lejos de conseguirlo pero, sin duda, ese es el camino que hemos escogido. ¿Comprende lo que digo, comisario...?

—¡Ehhh! Sí, sí.. —Chivas depositó la copa en la mesa, temeroso de que se le escurriera entre sus dedos, cada vez más relajados conforme se hundía placenteramente en el sillón.



—Pues bien: en cambio, en el biobot, el asunto se invierte. La esencia de su programación es el control racional de la información, y su coiteo minucioso antes de tomar cualquier decisión; mientras que las reacciones emocionales, los gestos reflejos y las expresiones reveladoras son, para los biobot más sofisticados, su maquillaje y su disfraz. Si sus pensamientos siguen instintivamente cauces racionales, las emociones les suponen un esfuerzo consciente. Exactamente al contrario que nosotros. Por eso, se podría decir que, con el biobot, hemos creado el *Homo inversus*.

Chivas parpadeó, escapando por un instante de la modorra que le había vuelto a dominar..

—¿Inversus? ¿invertido? ¿Insinúa que todos los biobots son mari...? —busco de soslayo la figura de su Mamita, ante quien tan despreocupadamente había exhibido sus nalgas desnudas.

El profesor enarcó las cejas, sorprendido por la estupidez de su nuevo amigo. Pero, pese al sincero asombro que traslucía la mirada de Chivas, pareció tomárselo como una broma.

—Je, je... No, comisario, me refiero a que el biobot, u *Homo inversus*, es un elemento extraño en la evolución: su perfeccionamiento, su progreso, tiende hacia el reverso emocional, mientras que el nuestro tiende al anverso racional. Vamos en su busca y ellos en la nuestra. Renunciamos a nuestra mejor arma mientras que ellos la persiguen... Vuelven mientras nosotros vamos, y en algún punto de ese camino hemos de encontrarnos forzosamente. Lo que ocurra después es todavía una incógnita...

Chivas no podría asegurarlo, pero apostaría a que fue en ésas cuando se quedó dormido. Sin saber muy bien por qué, soñó con su Mamita hartándose de plátanos en la rama de un árbol.

Según se acercaba al yacuzzi acompañado por la marquesa, Chivas recordaba la conversación con el profesor —al menos lo que podía recordar— y no podía negar que, si bien se le había escapado la mayor parte del sentido de su teoría, ésta le había dejado un poso de inquietud y curiosidad. Después de todo, se dedicaba a la publicidad, y la manipulación de las emociones e impulsos primarios como factor determinante en las decisiones de compra no le era del todo ajena. Quizá más tarde le pidiera que se la desarrollara un poco más minuciosamente, y en términos que pudiera comprender mejor. «Sin embargo —pensó con una sonrisa picaresca— lo que ahora urge es pillarlo desnudo...» Salami y la De Felpa habían desaparecido ya entre la fronda que rodeaba el yacuzzi. Temeroso de que le pisaran la sorpresa, espoleó a la marquesa para que se apresurara.

Doblaron el último macizo de flores. Mister Salami y la señorita De Felpa se habían detenido bruscamente junto a las escalerillas que daban



acceso al agua. Salami había dejado caer la camiseta y ambos mostraban una idéntica expresión de horror y sorpresa.

El profesor Confeti se encontraba, como había dicho que haría, sumergido hasta la nariz en el jacuzzi. Flotaba panza arriba, con los miembros laxos, desnudo y blanco, en mitad de una extensa y burbujeante mancha de sangre que apenas se diluía en las aguas. En el borde del jacuzzi, junto a sus gafas, se apoyaba un cenicero donde humeaban las heces de un habano. Un vaso y una botella derribados constituían claros indicios de pelea. Un nuevo crimen. ¡Y el lacayo había escapado con la podadora sin que Chivas hiciera nada por evitarlo!

Pero reaccionó de inmediato. Sin quitarse siquiera las zapatillas, se precipitó al jacuzzi, abrazó el cuerpo del profesor y comenzó a tirar de él hacia la orilla. Quizá todavía hubiera esperanza.

Pero, para su sorpresa, el presunto cadáver comenzó a rebullir y patallar frenéticamente para desasirse. Confeti abrió los ojos y, con aún voz amodorrada, exclamó estupefacto:

—¿¡Qué pasa!?! ¿qué pasa, comisario? ¿me he quedado dormido? —dijo separándose de Chivas, que lo miraba pasmado, con el cigarrillo, ridículamente doblado y empapado, aún entre los labios.

El profesor Confeti, advirtiendo la presencia de los otros y su expresión atónita, que empezaba ya a derivar hacia la risa, se cubrió rápidamente las vergüenzas y miró, disgustado, el agua rojiza donde flotaba.

—¡Oh! Sí, creo que me dormido. Y además, ¡qué torpe soy! He derramado toda mi granadina...

Chivas se dirigió hacia la casa por la senda del parque, chorreando agua de su maltrecho conjunto de tenis. Después del cachondeito general que había seguido a su rescate no se sintió con ánimos de ducharse en compañía del chusco Mister Salami, quien, para colmo de cinismo, había asegurado que se dio cuenta perfectamente desde el principio de lo que ocurría en realidad. Maldito mentiroso. A Chivas le hubiera gustado disponer de una cámara para fotografiar su cara cuando se encontró con Confeti flotando en el jacuzzi... Y encima se había quedado paralizado el muy bravucón, sin mover un dedo para ayudar al profesor.

Pese a que volvería a hacer lo mismo sin dudarlo un instante, Chivas se sentía sumamente molesto consigo mismo. No entendía cómo había podido perder de aquel modo los nervios. Sólo podía atribuirlo a sus premoniciones de desastre, que habían ido día a día en aumento desde la muerte de Zurullo. Paradójicamente, ya no tenía ningún motivo para justificar su inquietud, pues, no sólo había transcurrido todo con absoluta normalidad en los días posteriores al accidente, sino que incluso sus pri-



meras sospechas relacionadas con éste se habían diluido a los pocos minutos de empezar a formarse...

La mañana del accidente, después de aquel atípico desayuno, Chivas había subido a la habitación de la señorita De Felpa con objeto —o con la excusa— de recuperar su reloj. Había visto a Salami salir en compañía de la chica del comedor, y rezaba porque éste no se hubiera aprovechado de la situación para colarse en su alcoba con la excusa de confortarla (una excusa que él mismo traía preparada por si lo del reloj no daba pie suficiente a lo que lividinosamente planeaba para ella).

La señorita De Felpa acababa de salir de la ducha tras el desayuno y llevaba puesto únicamente su albornoz. Tenía su corto cabello humedecido y pequeñas gotitas se escurrían aún, seductoras, hacia la prometedorísima de su seno. Ambos se sentaron al borde de la cama; naturalmente, a sugerencia de Chivas, quien aseguró que allí se sentirían mucho más cómodos, viendo asomar el sol por la ventana. El albornoz de la joven se entreabría ligeramente sobre sus muslos, y el hecho de que ella no se molestara en cubrirse fue interpretado por Chivas como una sutil invitación.

Sin embargo, tras recuperar su reloj, el comisario se sorprendió contándole sus sospechas sobre la muerte de Zurullo, el asunto de la diarrea y la pipa de *ploff*. No era en verdad un tema muy adecuado para tratar con una señorita tan modosa como la De Felpa, pero la visión de los blancos muslos de la joven, junto al hecho de que entonces estaban ambos bastante serenos, le privaba de todos sus recursos de seducción, haciéndole soltar lo primero que se le pasaba por la cabeza.

—¡Qué tontería! —exclamó alegremente la joven al escuchar sus absurdas deducciones— No le de tantas vueltas, comisario... Todo ocurrió como Ripstein dijo...

La chica era tan ingenua y confiada que Chivas olvidó por un momento sus intenciones.

—¿Ah, sí? ¿Cómo esta usted tan segura? Al fin y al cabo, sólo tenemos su versión...

La sonrisa se había borrado del rostro de la joven. Para desesperación del comisario, soldó las piernas, se cerró el albornoz y, abrazándose protectoramente los hombros, le miró compungida. Chivas se hubiera dado de cabezazos contra el radiador.

—Bueno, yo, yo... ¡Lo vi todo! ¡estaba allí cuando ocurrió!

—¿Qué?! No es posible... si yo mismo la acompañé hasta su habitación...

—Sí, pero luego volví a bajar. Pasaba junto a la puerta del salón justo en el momento en que Zurullo aplicaba la vela bajo la pipa... Lo vi



todo. Había dejado la palmatoria de pie junto a la silla. Le vi acercar el cirio a la pipa y, como no había visto nunca a nadie drogarse, me quedé allí, en la puerta, espiando... —dijo esto último profundamente avergonzada. De hecho, por el tono que empleaba en toda su exposición, se diría que estaba confesando ella misma el asesinato, antes que dar un simple testimonio como testigo— Entonces, él pareció mareado, comenzó a tambalearse... quiso apoyarse en el borde de la mesa, pero resbaló y... ¡fue horrible! No sé cómo conseguí no gritar... intenté ayudarle pero, cuando llegué a su lado, había dejado ya de respirar...

—Pero, no entiendo... ¿por qué no dio la alarma? ¿por qué no avisó a Ripstein o al biobot...?

—Vera, yo.. estas noches he estado bajando sola al comedor, cuando todos se han acostado. ¡No, no ponga esa cara...! —la joven ocultó el rostro entre las manos, parecía al borde de las lágrimas— No hago nada malo, de verdad; sólo acerco una silla junto a La Urna y paso allí un rato, mirando el cheque... ¡oh, le parecerá una chiquillada! Pero en mi casa no andamos bien de dinero; mi padre se quedó sin trabajo y... bueno, me gusta mirar todos esos ceros y soñar en lo que haría si ganara el premio... agua caliente, medicinas para mi mamá, unas gafas para mi hermanito retrasado... Por eso no grité, ni avisé a nadie cuando presencié el accidente. Tenía miedo de que Ripstein sospechara cualquier cosa sucia de mí, no sé... —levantó la cara y miró al comisario a través de sus pestañas— que intentaba forzar la caja fuerte, por ejemplo... Además, el señor Zurullo no daba señales de vida y...

—Bueno, tal vez yo pueda explicárselo al Oficiante y...

—¡No, por favor! —la garra de la muchacha se prendió a su brazo con sorprendente vigor— ¿No se dio cuenta de cómo me miraba esta mañana...? ¡estoy segura de que sospecha algo! Y es un hombre tan malo, tan mezquino... ¡ríe y ríe sin parar! Si me acusara de algo sucio delante de todos, yo... ¡yo me moriría de vergüenza!

La joven se había aferrado entonces a su cuello y, apoyando la cabeza en su hombro, había empezado a sollozar amargamente. Sus pequeños senos se apretaban contra el pecho del comisario

—¡Oh! Comisario... ¡No diga nada, por favor! ¡Me da tanta rabia ser tan tonta y cobarde!

El comisario la estrechó contra sí y empezó a acunarla con suavidad, mientras le acariciaba el erizado cabello y susurraba dulces palabras de consuelo.

—No tema, señorita De Felpa... rro-rro. No diré nada, pobre niña indigente rro-rro... Cómo podría pensar nadie algo malo de usted rro-rro...



El pelo de la joven olía deliciosamente a jabón infantil. La humedad se evaporaba al calor de su cuerpo envolviendo al comisario en una embriagadora nube. Antes de darse cuenta, estaba ya besándole delicadamente la oreja. Y, conforme su mano descendía por la espalda de la joven hasta sus muslos, buscando la abertura del albornoz, los besitos fueron tornándose más audaces. Eran ya lametones cuando Chivas descubrió que la señorita De Felpa aún no se había puesto las bragas.

Pero entonces, la joven se escurrió hábilmente de su abrazo y retrocedió, coqueta, hasta la ventana. Chivas la persiguió con andares lentos y felinos, emitiendo vagos ronroneos. Tenía una descomunal erección. Pero ella se giró y le volvió la espalda. Había dejado ya de jugar. Miraba por la ventana, hacia el jardín, con aire meditabundo. Cuando el comisario se disponía a abrazarla de nuevo, en la posición que ésta le ofrecía, la joven interpuso su mano, manteniéndole alejado.

—Y dígame, comisario, sólo por curiosidad —dijo, repentinamente grave— ¿a dónde le llevaron a usted para las anteriores eliminatorias?

Aquel brusco cambio de tema desconcertó a Chivas, que refrenó su empuje. ¿A qué venía ahora esa estupidez de las eliminatorias?

—Bueno, la primera se desarrolló en un antiguo balneario, perdido en la Selva Negra —balbuceó—. Horrible, hacía un frío que pelaba, y lo menos estábamos allí doscientas personas... La segunda sí, la segunda fue fantástica, un crucero por el Caribe con...

—Ya, entiendo —le interrumpió bruscamente la De Felpa— Ahora, ¿le importaría dejarme sola, por favor? Me gustaría dormir un rato...

Su expresión se había endurecido de tal modo que Chivas renunció a seguir insistiendo y se retiró profundamente desconcertado, con el rabo desinflándose entre sus piernas.

Mientras se vestía para la comida, la que sería su última comida en la mansión, Chivas recordaba aquel extraño episodio. Asociado a él, le acuciaban toda una serie de sentimientos contrapuestos. Por un lado, se había sentido tranquilizado sabiendo que la muerte de Zurullo se debió, en efecto, a un desafortunado accidente. Pero también había sido el día en que sus avances románticos se habían detenido en seco. Sin saber muy bien cómo, había metido la pata hasta el fondo, arrojando a su amada en brazos de su competidor. Le intrigaba sobremanera la forma en que una simple conversación podía modificar de tal modo las simpatías de la señorita De Felpa. Repasaba sus palabras y sus actos una y otra vez pero, aparte de su impetuosidad, de la que ya había dado antes sobradas muestras, no encontraba ninguna explicación para que la chica hubiera cambiado tan bruscamente de actitud hacia él. Estaba a punto de caramelo y,



de repente, cuando le mencionó el viaje por el Caribe, todo cambió. ¿Temía acaso la joven que le contagiara alguna enfermedad venérea? «¡Bah, mujeres!».

La comida del último día se convirtió en una verdadera tortura para Chivas. Los concursantes se esforzaban en aparentar despreocupación y buen humor y, muy oportunamente, el episodio del yacuzzi les brindaba una excusa perfecta para chancear a su costa. El más insistente de todos era Mister Salami, claro, que se apresuraba a reavivar el escarnio cada vez que la conversación se desviaba hacia otros temas, para retomar acto seguido la seducción de su pimpollito. La De Felpa no participaba en las chanzas, pero tampoco parecían molestarle; todos sus esfuerzos se dirían dirigidos a halagar a Mister Salami. Llevaba al menos cuatro botones de su camisa desabrochados, se había puesto una falda minimalista que Chivas no había visto nunca, y se pasaba la lengua por los labios con demasiada frecuencia. Ni siquiera Confeti podía salir en defensa del comisario pues la marquesa le monopolizaba por completo, lanzándole pellizcos por debajo de la mesa y llamándole lindezas como «Tarzán» o «Mi crepuscular Maciste».

Y, encima, de postre sirvieron plátanos al chocolate.

Después de comer, el escarnecido comisario se quedó en el salón, repantingado en un sillón, mientras todos subían a sus habitaciones a disfrazarse para la fiesta. Chivas no había decidido aún qué disfraz escoger. El señor Oficiante les había prometido que dispondrían de un vestuario muy completo, pues, cuando la Lasaña le sugirió, dos días atrás, lo de la fiesta de máscaras, él mismo se había apresurado a encargar a su sucursal de Glasgow que comprara —al precio que fuera— y les enviara en un deslizador de la empresa el atrezo completo de alguna compañía teatral. Cualquier esfuerzo era poco para complacer a sus huéspedes.

«Bah, quizá ni siquiera me disfrace...» —pensó desganado el comisario. Tomó un cigarrillo de la tabaquera y se lo llevó distraídamente a los labios. La elección de disfraz era una minucia comparado con el verdadero dilema que torturaba a Chivas. Aquella misma tarde, durante la fiesta, tendría lugar la votación, y el comisario no tenía ni pajolera idea de quién podía ser el androide de marras. Decididamente, en esta ocasión *Biobots* se había lucido con su prototipo. Llevaba siete días conviviendo con aquellas personas y ninguna le había dado el menor indicio de no ser, al menos, tan humano como el resto. Nada; ni siquiera una mirada equívoca, un gesto demasiado preciso, un desliz... cualquier detalle al que agarrarse para iniciar un seguimiento más a fondo de su sospechoso. Envidiaba también un poco a Mister Salami; éste, al menos, y por las razones que



fueran, tenía algo, un sospechoso seguro... Pero, al cabo, para él todo se reduciría a una cuestión de suerte. Votaría a boleo; o quizá por Mister Salami, a modo de revancha...

«Nueve a uno» —se repitió, evocando las inquietantes palabras de Ripstein y, antes de darse cuenta, estaba rezando porque el verdadero nombre de Salami no acabara aquella tarde sobre la línea punteada de un cheque...

Reprimiendo un escalofrío, buscó en sus bolsillos un mechero para encender el cigarrillo, que había comenzado a temblar violentamente entre sus labios. Buscó en todos los bolsillos, pero no lo encontró; lo había olvidado sin duda en el pantalón de deporte. Y encima, estaba completamente solo pues, incluso su Mamita, que se encargaba de llenarle los vasos y prenderle los cigarrillos antes aun de que él tuviera tiempo de hacerlo, le había dejado para colaborar, como todos los lacayos, en los preparativos de la fiesta. Maldijo entre dientes. Ahora el cigarrillo le apetecía muchísimo más que hace unos segundos. Ese cigarrillo se le antojaba la respuesta a todos sus males. Comenzó a revolver por todo el salón en busca de un mechero de adorno, o alguno dejado allí por descuido...

En estas, la puerta se abrió lentamente y el doctor Ventosa entró en la habitación, con sus andares arrastrados y esa expresión obnubilada que se había vuelto habitual en él desde el día del accidente. Todavía no se había disfrazado, aunque llevaba puesto su pijama de las ruedas, con gorro y borla incluidos. Además, andaba descalzo, y sus rechonchos pies se veían tiznados hasta casi el tobillo, con las uñas descuidadas y llenas de roña. Chivas chasqueó la lengua con censura. Ventosa se había pasado de la raya, había perdido por completo el control. Cada día se ocupaba menos de su apariencia, rara vez se afeitaba y sólo le importaba mantenerse continuamente colocado.

Ahora mismo, llevaba la pipa de *pluff* en la boca y el mechero en la mano. Pero no fumaba, sino que estudiaba éste último, dándole vueltas como un mico entre sus dedos.

Una vez más, Chivas se maravilló del innato sentido de la oportunidad de Ventosa.

—Ventosa.... acérquese por favor... ¿Puede prestarme un segundo su mechero?

Ventosa le dedicó una mirada vacía, sonrió como lelo, y alzó interrogativamente su mechero.

—Sí, eso es un mechero, en efecto. ¿Puede prestármelo, por favor?

—Bueno, pero es mío... —remoloneó Ventosa— me lo he encontrado yo y es mío, mío, mío...



Chivas tomó el mechero plateado que le tendía Ventosa y encendió su cigarrillo.

—Ahora devuélvemelo, listillo... —exigió puerilmente el doctor.

El comisario volteó el mechero entre los dedos, reacio a devolvérselo al drogado Ventosa, quien seguramente lo destinaría a viles menesteres. Además, si se lo había encontrado era porque alguien lo había perdido previamente, y lo más correcto sería devolvérselo a ese alguien, por más que Ventosa se deshiciera en pucheros. Chivas estudió el mechero por si le daba alguna pista de quién podía ser su legítimo dueño. Descubrió que el revestimiento plateado era sólo una funda, de esas que se emplean para embellecer mecheros baratos. Tiró fuertemente de la vaina hasta descubrir, como esperaba, un mechero de plástico blanco, barato y desechable, de los de a dos euros unidad.

—¡Eh! ¡No me lo rompas, bruto! —le increpó Ventosa y tendió la mano sin demasiada convicción.

Chivas lo ignoró y reinició sus pesquisas. Descartando la funda, que siquiera era tampoco de plata sino de vulgar latón, nadie lamentaría en exceso la pérdida del mechero. Y, además, llevaba impreso un mensaje propagandístico, por lo que Chivas dedujo que su dueño se había ahorrado incluso esos dos euros rastreros. Leyó despreocupadamente la inscripción de las cachas:

COFRADÍA DE FRATERNALES ENCOFRADORES

Eso era lo que rezaban, en negro sobre blanco, ambas lados de la cachas. A Chivas le picó la curiosidad. Se trataba, indudablemente, de un mechero propagandístico distribuido por una entidad sindical. Pero ¿quién de entre los concursantes llevaría a la prueba de *Biobots* un mechero con propaganda sindical, tal y como estaban las cosas? «¡Bah, seguramente, yo mismo si me lo regalaran...!» —se dijo, y volvió a enfundar el mechero en su revestimiento plateado. Ventosa seguía desconfiado sus manipulaciones, mientras espantaba a soplidos la borla de su gorro, que se le venía tozudamente sobre los ojos. Canturreaba entre dientes su cancioncilla de tarado.

—*El señor Zurullo perdió su culo... perdió su culo...*

Aquella tonadilla morbosa se había convertido en una especie de *leitmotiv* para los extravíos narcóticos de Ventosa. Al parecer, el accidente le había afectado más que al resto de los concursantes. Al comisario le volvieron a la mente sus absurdas deducciones sobre el *ploff* y la diarrea de Zurullo y pensó, divertido, que, en cierta forma, la letra era fiel a la realidad... *El señor Zurullo perdió su...* Chivas dio un respingo. ¡Claro! ¿No era



Zurullo quien repetía una y otra vez en la fiesta que había perdido su mechero después de la cena? ¿Sería posible que fuera éste el suyo? Y, si lo era: ¿tenía en sus manos al verdadero culpable de la muerte de Zurullo, toda vez que su pérdida había dado pie a la desgracia propiciando el incidente de la palmatoria? Chivas se sacudió y propinó a su cigarrillo una bizarra calada. La pregunta que debía hacerse no era ésa, sino la siguiente: ¿estaba Zurullo de algún modo relacionado con los sindicatos? Y ¿guardaba ese hecho alguna relación con su muerte? Todas esas incógnitas, de imposible respuesta en sus circunstancias, se acumulaban en su cabeza. Lo único que sabía es que Zurullo estaba muerto, que trataba a los biobots con un desprecio desmedido y que, posiblemente, mantenía algún tipo de relación con los sindicatos... ¿Había descubierto Ripstein algo acerca de Zurullo y luego...? ¿O era Zurullo quien había descubierto algo sobre *Biobots*...? ¿Pretendía Zurullo simplemente sabotear la prueba...?

No, todo eso carecía de sentido. Además, ¿no le había asegurado la señorita De Felpa que vio a Zurullo caer él solito sobre la palmatoria...?

—¿Dónde lo ha encontrado, doctor Ventosa? —preguntó Chivas, refiriéndose al mechero.

—Te lo enseñaré si me lo devuelves. —respondió Ventosa frunciendo el ceño como un obstinado galopín — Pero que sepas que no hay más, sólo había éste y es mío...

—Vamos allá; te lo devolveré cuando me enseñes el sitio... —Chivas no se fiaba para nada de las promesas de Ventosa. La droga parecía haberle devuelto a su más tierna infancia.

Ventosa, de mala gana, comenzó a arrastrar los pies en dirección a la puerta. El comisario recordaba que Zurullo había llegado tarde a la fiesta de aquella noche aciaga, y que había entrado además sudoroso y jadeante en el salón. Ahora se hacía evidente que Zurullo no venía, en realidad, de asearse y vestirse. Probablemente, el comisario iba a visitar el lugar donde estuvo el difunto justo entre la cena y la fiesta. Por eso siguió, intrigado, a Ventosa, a través del recibidor hasta debajo de las escaleras, donde se abría la puerta batiente que conducía al ala de los criados.

Ventosa abrió con despreocupación —sólo achacable a la droga— uno de los batientes.

—No podemos entrar ahí —dijo Chivas— es un ala restringida para los concursantes.

—Sí que podemos... —insistió— está abierto, ¿no lo ves?

Chivas dudó aún unos segundos pero, al ver que Ventosa se colaba ya por la puerta, la curiosidad se impuso sobre su prudencia «¿Qué diantre! —pensó— siempre puedo decir que entré sólo para detenerle! Ade-



más, ¿qué pueden ocultar ahí aparte de sus licores y sus recetas culinarias?». Entró tras Ventosa. Se encontraban en un largo pasillo alumbrado por fluorescentes, a lo largo del cual se abrían varias puertas. No había nadie a la vista, ni humano ni biobot. Ventosa demandó silencio con un gesto travieso y señaló hacia fondo del pasillo, donde éste doblaba a la derecha. Se escurrieron, de puntillas y en silencio, hacia el recodo señalado. Su camino estaba flanqueado por variopintos obstáculos: un gran perchero con ruedas de la que colgaban varios trajes limpios, un carrito de camarera colmado de vajilla... Desde todas direcciones se escuchaba el trajín de platos, vasos y cazuelas. Voces frías, secas, se transmitían instrucciones y órdenes cortantes.

Una puerta doble se abatió hacia fuera, unos pasos por delante de donde se encontraban, y Chivas, obedeciendo a un instinto gallináceo, apenas tuvo tiempo de esconderse dentro de otro carrito, repleto éste de ropa de cama. El acentuado ajeteo de la vajilla y el intenso olor a fritanga que invadió el pasillo le sugirió que acaso fuera la puerta de las cocinas la que se había abierto. Unos pasos regulares se acercaban y Chivas se arrebujó en su escondite. El corazón le latía a toda velocidad. Pero, ¿qué habría hecho el doctor? ¿habría tenido como él tiempo de buscar un escondrijo? Tragó saliva y se atrevió a asomar un ojo por entre las sábanas arrugadas...

El mentecato gordinflón de Ventosa se había quedado parado en mitad del pasillo, con un repugnante hilo de baba colgándole de los labios. Una doncella se había detenido junto a él. Llevaba en perfecto equilibrio una bandeja con botellas e increpaba al doctor con un dedo de su mano libre.

—Doctor Ventosa, es usted incorregible... —dijo la doncella en tono neutro— ya ha vuelto a perderse otra vez. Venga —tomó del brazo al doctor, —le acompañaré hasta el recibidor —su voz se alejó en dirección a la entrada— Es usted un galopín, doctor. Si sigue haciendo travesuras el señor Ripstein no le dará más regalitos para su pipa...

«¿Así que es el Oficiante quien suministra la droga a Ventosa» —pensó Chivas indignado. Pero, al punto, recapacitó y se serenó: «Bah, si yo se la pidiera, también me la daría... ¿o acaso no nos ha conseguido, con sólo sugerirlo, todo un guardarropa teatral?» Apenas había pasado un minuto desde que saliera la doncella, y Chivas se planteaba ya aventurarse fuera de su escondite para regresar a la zona permitida, cuando la puerta batiente se abrió de nuevo y Ventosa, con una necia sonrisa y un frívolo aire de jactancia, se asomó a su escondite.

—Venga, ven, cagueta... es por aquí, muy cerca, al final del pasillo...



Afortunadamente, no tuvieron más tropiezos. Giraron a la derecha en el recodo del pasillo, para encontrarse con que éste concluía allí mismo. No había más puertas. Unas lóbregas y estrechas escaleras partían de una arcada de piedra y se sumergían en las entrañas de la mansión.

—Es ahí abajo... —susurró alegremente Ventosa.

Chivas se asomó. La luz del pasillo no alcanzaba a iluminar el fondo de las escaleras y no había ningún interruptor a la vista. Le llegó un vago olor a humedad y productos químicos. Aquella galería descendía seguramente hacia las bodegas de la mansión.

—¿Usted ha bajado hasta ahí? —preguntó incrédulo. Ventosa asintió vigorosamente.

«Bueno, nunca me han asustado las bodegas» — se dijo Chivas, y comenzó a bajar las estrechas escaleras, seguido de cerca por Ventosa. Sus pisadas levantaban lóbregos ecos sobre los peldaños de piedra. Cuando se alejaron tanto del pasillo que sus fluorescentes no alcanzaban a alumbrar dónde pisaban, Chivas encendió el mechero de Zurullo. La llama despertó destellos ambarinos sobre la húmeda superficie de los sillares. Bajaron unos veinte escalones más.

Las galería desembocaba en una estancia más amplia, cuyas paredes no alcanzaba a delimitar la oscilante llama del mechero. Allí hacía mucho más frío que arriba y el olor a productos químicos era también más fuerte y empalagoso; se pegaba al paladar como una nutritiva papilla.

Chivas, a modo de antorcha, ondeó el mechero hasta encontrar un interruptor en la pared, justo al pie de las escaleras. Imaginó a Zurullo haciendo lo mismo con ese mismo mechero, cuatro días atrás, y unos dedos helados cosquillearon su espalda.

Una única bombilla desnuda colgaba del techo, tan baja que fácilmente se hubieran golpeado la cabeza contra ella de no encontrar el interruptor. Se hallaban en una estancia cuadrada, con paredes de piedra basta, no tan espaciosa como había imaginado Chivas. No había ningún tipo de mobiliario, por lo que Chivas dedujo que aquella estancia hacía las veces de rellano, o recibidor.

En cada pared se abría una puerta, a cada cual más dispar. La de la izquierda era, indudablemente, la puerta de un moderno ascensor, como atestiguaban su aspillera acristalada y los botones de su jamba. Chivas había visto salir varias veces a Ripstein por una puerta idéntica a ésa, situada en un ángulo muerto del recibidor, y había deducido que su suite, la número once, debía contar con acceso directo a la planta baja. Si no existían más ascensores, ahora debían encontrarse un par de alturas por debajo de la habitación del Oficiante.



La segunda puerta, la del frente según se accedía por las escaleras, le recordó a Chivas la caja fuerte del comedor. Tenía también impreso el logotipo de *Biobots*, y su hoja de acero, ribeteada de recios pernos, daba la impresión de ser al menos tan maciza como aquella.

La de la derecha era la única que no discordaba con la estancia; estaba coronada por una arcada de piedra y su hoja era de vetusta madera oscura.

—Estaba junto a esa puerta —dijo Ventosa, señalando la puerta de acero— pero no hay más...

Chivas se aproximó y probó a abrir la puerta sin demasiada convicción, pero, como temía, el tirador no se movió. Estaba firmemente cerrada por dentro. Se encogió de hombros y suspiró. No se le ocurría nada más que pudieran hacer allí, y se sentía ahora bastante estúpido por haber dejado que Ventosa le metiera en aquel lío. Al doctor, sin duda, el concurso le importaba ya un comino y su enajenación le eximía de las reglas, pero el comisario se arriesgaba a ser encerrado durante un periodo indefinido, además de despojado de todas sus opciones sobre el premio... «¡Al diablo!» —pensó— «qué importa lo que hiciera o dejara de hacer Zurullo por estos lares... ya buscara un water desesperadamente, o una botella, o planeara colocar una maldita bomba...el hecho irrefutable es que se empaló él solito». Decidió regresar raudo y veloz al sector de los huéspedes, ya había tenido bastante suerte de que nadie le detuviera hasta ahora.

Pero, al volverse hacia Ventosa, descubrió con asombro que éste había desaparecido. «¡Maldito loco!» —masculló— «Es peor que un chucho insubordinado». La tercera puerta, la de madera, estaba ahora entornada, mostrando un retazo de oscuridad impenetrable.

Desde esa oscuridad surgió, lejana, la vocecilla alelada del doctor Ventosa.

—Huy... ¡qué frío hace aquí dentro...! ¡y cómo huele a gato muerto...!

Chivas no podía dejarle ahí. Seguramente, ni siquiera sabría salir solo. Además, si volvía con él dispondría por lo menos de alguna excusa para justificar su incursión. Suspiró resignado y se acercó hasta la puerta, asomando la cabeza por el resquicio. La habitación estaba en efecto muy fría, y no se veía un carajo. Como afirmaba Ventosa, olía vagamente a gato muerto...

—¿Dónde está usted, doctor Ventosa? —llamó— salga y volvamos juntos arriba...

No hubo respuesta. Sólo el susurro de los pasos arrastrados de Ventosa. Al poco, se escuchó un golpe sordo y un crepitar de plásticos,



como de una bolsa de basura al caer al suelo, seguido esto de un ruido de cristales rotos y una ahogada maldición.

—¡Anda! —exclamaba el doctor— ¿Qué es esto tan blando...? ¡Puaj! ¡Qué mal huele!

Las manos de Chivas tantearon junto a la jamba hasta encontrar un interruptor eléctrico. Las fluorescentes parpadearon en el techo, presentando un sórdido cuadro a los ojos del comisario.

La sala parecía haber sido en el pasado una especie de casquería para carnear reses. Estaba íntegramente alicatada con baldosas blancas, salpicadas de regueros ocre y resecos pingajos de carne; decenas de ganchos metálicos colgaban de barras paralelas al techo. Adosado a la pared opuesta había un largo mostrador de formica, provisto de un gran pilón. Una manguera de goma colgaba encima, enrollada a un clavo herrumbroso. El suelo de la pieza describía un suave chaflán desde las paredes hasta el centro, donde se abría un angosto desagüe de hierro colado.

Junto al desagüe, tumbados en el suelo, había dos bultos alargados envueltos en negras bolsas de plástico.

Ventosa había tropezado y caído sobre uno de los bultos, lo que había motivado su exclamación. Además, la pipa se le había escapado de la boca y hecho añicos contra las baldosas; pero, sentado en el suelo con las piernas abiertas, el doctor se consolaba haciendo patéticos pucheros y chapándose el dedo con fruición.

El contenido de las bolsas era bastante evidente; pero, ¿qué extraño! ¿por qué dos bolsas?. Que Chivas supiera, sólo había ocurrido un accidente en la mansión. Se inclinó sobre la bolsa más cercana, y abrió con decisión la cremallera. Allí yacía, completamente inmóvil, un hombre moreno y delgado. Se trataba, como atestiguaba su físico y el código de barras que llevaba tatuado en la frente, de un lacayobot perteneciente a la servidumbre de la casa. Su librea aparecía acribillada por numerosos orificios, todos ellos orlados por un cerco de paño chamuscado. Alguien le había disparado muchas veces, y desde una distancia muy corta.

Por un momento, el comisario pensó que se trataba de su propia Mamita y, para su sorpresa, experimentó un negro cosquilleo de pena en las entrañas. Después de todo, aquellas entrañables y serviciales máquinas no eran más culpables que una cuchilla de afeitar. Pero no, el desgraciado biobot de la camilla lucía en la pechera de su levita el número siete... ¡jera el fámulo del señor Zurullo! Pero ¿quién le había baleado de esa manera tan sañuda?

«Quizá se había estropeado —calculó Chivas—, había enloquecido de alguna manera y el Oficiante se había visto obligado liquidarlo...» Esa



opción se le antojaba lógica, pues, considerando la facilidad con que cunde el pánico en relación a los biobots, explicaría el porqué de que su Oficiante no les hubiera contado nada de ello. Chivas la aceptó como buena por el momento.

El contenido de la otra bolsa sí que no era difícil de predecir. Después de todo, en algún sitio tenía que haber depositado el biobot sanitario el cadáver de Zurullo. Chivas abrió completamente la cremallera. Había recordado aquella vana curiosidad suya de la falta de huellas en la vela, y pensó que, ahora, disponía de una ocasión inmejorable para sacudirse ese último resquemor.

Allí estaba, en efecto, completamente desnudo, y blanco como la cera, el señor Zurullo. Chivas levantó una de sus manos yertas y estudio sus dedos a la luz de las fluorescentes. Como ya esperaba, las manos del muerto eran completamente normales. «Bah... las huellas simplemente se borrarían con el calor de la mecha...» —dedujo. Además, era hora ya de regresar a su zona.

Pero entonces, de pronto, cuando se disponía a cerrar de nuevo la bolsa, advirtió lo que, preocupado por el absurdo detalle de las huellas, había pasado por alto en un principio:

El cadáver del señor Zurullo tenía los ojos en blanco y su lengua asomaba dos pulgadas fuera de la boca. Pero lo más asombroso e inquietante de todo era que no mostraba herida alguna en el pecho y sí, inconfundibles, las señales carmesíes de diez dedos en torno a su yugular.

—Pero le digo que vi claramente cómo se le clavaba el estilete en el corazón...

La señorita De Felpa iba disfrazada de esposa vikinga, con largas trenzas rubias cubriendo su cabello rapado, lo que, sumado a la naturaleza ya de por sí bastante increíble de la historia, impregnaba toda la escena con un tinte ciertamente surrealista. Chivas se esforzaba por hacerle entender a la señorita De Felpa algo que ni él mismo comprendía. A decir verdad, iba improvisando sobre la marcha.

—¿No lo entiende? Zurullo la engañó, nos engañó a todos... no estaba muerto cuando lo encontramos... Se las arregló para fingir su muerte... quizá con algo de maquillaje y una píldora catatónica... Pero lo descubrieron y le acabaron matando de verdad... ¡su propio lacayo lo estranguló! Aunque tenía una pistola y se defendió, eso es... Yo he visto su cadáver, y Ventosa también...

Había dejado a Ventosa en su habitación antes de correr a la alcoba de la De Felpa, pues éste, demostrando una carencia total de perspectiva, había insistido en disfrazarse para la fiesta como si no hubiera pasado



nada. Los excesos de aquellos días le habían empujado a un estado de abulia tal que era totalmente incapaz de discernir el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto. Para él, encontrar aquel cadáver no tenía un significado moralmente mayor que toparse con un mechero. Chivas confiaba en que, por lo menos, no les delatará delante de Ripstein.

—Ya sé que lo vieron... Nos lo contaron a todos por la mañana, hace días, en el desayuno...

—¡No! ¡No me refiero a ese cadáver! ¡Me refiero al otro, al bueno, al de verdad, al muerto! Ése lo acabo de ver hace unos minutos, con mis propios ojos... ¡Ripstein y sus biobots lo mataron!

—Pero ¿por qué iban a hacer eso...? —la De Felpa se mordisqueaba nerviosa las uñas.

Chivas le mostró el mechero de los Fraternales Encofradores. El extraviado por Zurullo.

—Zurullo debía ser un agente sindical —explicó—; quizá descubrió algo ilegal y...

—¡Vamos, por favor! Yo tengo docenas de mecheros de propaganda, y eso no quiere decir que... Además, ¿crees que *Biobots* hubiera seleccionado a Zurullo para la muestra si albergara la más mínima sospecha de que podía trabajar para los sindicatos?

—Yo sólo te digo lo que he visto. Zurullo murió estrangulado, no ensartado...

La De Felpa cerró los ojos y respiró hondo media docena de veces. Parecía, poco a poco, ir tomando conciencia de la gravedad de la situación. Si Ripstein había matado una vez, es porque ocultaba algún secreto y era capaz de cualquier cosa para protegerlo. Él era el verdadero asesino, pues un biobot se limitaba a servir de instrumento, como un cuchillo o un revólver. Salvo uno, el prototipo, ninguno de los concursantes estaba a salvo en la mansión. Pero Chivas había decidido arriesgarse con la señorita De Felpa. Aparte del viejo profesor y del narcotizado Ventosa, era quien más confianza le merecía. Después de todo, ella había visto empalarse a Zurullo y no había colaborado con Ripstein en sus esfuerzos por imponer la teoría del accidente.

—Vale, de acuerdo, supongo que le creo... —concedió ésta— Pero ¿qué quiere que haga yo?

—Tenemos que avisar a la policía, a Scotland Yard, al GCB, los Cascos Azules... ¿qué se yo?

—Pero, ¿cómo? Nuestros teléfonos —señaló el arcaico de la mesilla— no tienen línea con el exterior; sólo funcionan en régimen interno...



Muy agudo. Posiblemente, no existía en la isla un solo sistema de comunicación. Y, sin embargo, el Oficiante había contactado con Glasgow para conseguir los disfraces...

—Se me ocurre que el teléfono de Ripstein, el de su despacho, debe tener línea con el exterior o, cuanto menos, quizá disponga de un móvil, o de un terminal con...

—¿Y si lo encontramos allí? ¿Y si está armado, o acompañado de algún biobot?

Puntillosas mujeres. Chivas tampoco se había detenido a considerar esa posibilidad. El plan había surgido durante la conversación y, aunque le parecía el único factible, los detalles estaban todavía por ultimar. A decir verdad, no se sentía capaz de enfrentarse él solo a un biobot.

—Escuche, yo también tengo un plan... —anunció la De Felpa; toda su timidez parecía haberse esfumado cuando juzgó su vida en peligro. Chivas se felicitó por haber confiado en ella — Lo primero es conseguir ayuda de los demás. Quizá Gerar... Mister Salami, que es un hombre fuerte y robusto. Luego, yo llamé por teléfono a Ripstein, solicitando su presencia y, cuando él salga de su despacho, vosotros os coláis dentro y hacéis rápidamente esa llamada. Yo me encargaré de entretenerle. No creo que tengáis problemas entre los dos para reducir a un biobot, en el caso de encontrarlo allí...

Chivas rezongó. ¿Por qué precisamente Mister Salami entre todos? Experimentó una punzada de ridículos celos. ¿A qué grado de familiaridad habían llegado Salami y su pimpollito boreal? Además, él también podía considerarse un hombre fuerte y robusto. Pero recordó la formidable musculatura de su rival y, con la imagen siempre presente de aquellas señales en el cuello de Zurullo, acabó sacrificando su orgullo viril en aras de su integridad física. Debía confiar en el criterio de su amiga. Si ella, que había tratado a Salami con más profundidad que nadie, no había percibido en él indicios de inhumanidad...

La señorita De Felpa se encaminó sola a la habitación de Salami, pues alegó con razón que éste se mostraría más predispuesto a creer la historia si era ella quien se la contaba. Sospechaba de Chivas como biobot y, de presentarse con él, se cerraría en banda a toda sugerencia, aunque fuera sólo por orgullo. Chivas accedió sin protestar; prefería también limitar sus tratos con Salami a lo meramente imprescindible. Pocos minutos después de marcharse la De Felpa, sonó el teléfono de la mesilla. Era Salami; y nunca había empleado con el comisario un tono tan amable.

—Comisario Chivas, —dijo — Mona me lo ha contado todo (¿¿Mona?? ¿¿Mona De Felpa??). Estoy anonadado, como comprenderá. Venga ense-



guida a mi habitación y discutiremos los detalles de su plan. No se saldrán con la suya esos asesinos felones...

Para su propia sorpresa, Chivas suspiró aliviado. Dejando a un lado sus pasadas desavenencias, Salami sería un formidable aliado.

Chivas despertó firmemente amarrado al vetusto radiador con lo que parecían los cordones de una cortina. Le dolía mucho la cabeza y, aunque abrió los ojos y parpadeó frenéticamente, su visión se resistía a enfocarse. Sólo escuchaba unos agónicos lamentos, muy cerca, a su derecha, y un rítmico chirrido metálico...

¿Qué había ocurrido? ¡Ah, sí! Al entrar en la habitación de Salami alguien le había golpeado en la nuca con un objeto contundente. Imposible saber el tiempo que había permanecido sin conocimiento desde entonces. ¿Habría acabado ya la fiesta? ¿Y la votación...? El hecho es que Ripstein les había ganado la partida, y ahora el comisario era su prisionero. Pero... ¿cómo podían haberles descubierto tan pronto? Se había comportado atolondradamente, subestimando los recursos de su Oficiante. Conforme su cabeza se iba aclarando, dedujo que, sin duda, los teléfonos debían estar intervenidos, su conversación con Salami había sido escuchada, y ahora, sus desdichados cómplices se encontraban, por culpa suya, en su misma situación. Aquellos jadeos que escuchaba a su derecha debían ser sus lamentos de dolor. Y los crujidos metálicos, atroces instrumentos de tortura... «Pronto me tocará a mí» —pensó aterrado, con un estremecimiento que a punto estuvo de emular las propiedades del *ploff*.

Lentamente, su visión se fue enfocando lo suficiente para comprobar que seguía aún en la habitación de Salami. Las persianas estaban bajadas y las cortinas corridas, por lo que Chivas no podía saber si había ya anochecido. Giró la cabeza en dirección a los turbadores sonidos.

Sobre la cama, haciendo chirriar los muelles del viejo somier, un fornido vikingo copulaba furiosamente con su rubia esposa, que respondía a sus envites con unos quejidos tan desmesurados que hasta un imbécil se daría cuenta de que eran fingidos.

Chivas estuvo a punto de decirle: «¡Eh, Olaff... ¿no ves que te está dando el pego?»

Pero se sacudió, tomando conciencia de lo que en realidad ocurría. Eran la señorita De Felpa y Mister Salami, ambos disfrazados de vikingos, los que satisfacían en su presencia, sin molestarse en apagar la lamparita de la mesilla, aquella retorcida fantasía escandinava.

—¡Toma, toma... virginal pastorcilla danesa! —gañía Salami— ¡Prueba el embutido nórdico!



—Pero ¿qué significa esto? —les increpó Chivas— ¿por qué me habéis atado?

Por más que trató de llamar su atención, ambos le ignoraron olímpicamente. Chivas tuvo que tragarse todas sus preguntas y armarse de paciencia hasta que una serie de dramáticos espasmos del vikingo anunciaron el último acto.

—¡¡¡Por Odín!!! —gritó Mister Salami, muy en su papel.

—¡¡¡Por Thor!!! —chilló a su vez la señorita De Felpa, aferrándose al cabezal de la cama.

Los dientes de Chivas rechinaron de vergüenza ajena. Ni el más sórdido CD porno...

Sólo entonces, Salami se levantó y, mientras se abrochaba jactancioso la bragueta de su pantalón de cuero, se volvió hacia él. Chivas había gozado de un vislumbre suficiente de su «jactancia» para constatar que el alias de Mister Salami era en realidad tan exagerado como los lamentos de la vikinga. Y eso le consoló un poquito de su patética situación.

—Mona dice que le has contado una sarta de absurdas paranoias... —dijo desinteresado, mientras, plantado frente a la luna del armario, se retocaba el casco cornudo.

—No te puedes ni imaginar... —aseguró Mona, que se enfundaba las bragas por debajo de su falda de vikinga. No demostraba ningún pudor delante de Chivas.

—¡Todo lo que digo es cierto! ¡Zurullo fue asesinado! Era un sindicalista infiltrado y...

—Tenías razón, Mona... —Salami se volvió hacia la chica, ignorando por completo a Chivas— Se le han cruzado los cables. Ripstein tendrá que lavarle el cerebro y volver a instalarle todo el programa...

—Pero, pero... ¿qué dices, mamarracho? ¡Deja eso ahora, por amor de Dios...!

—Ahora bien, que no crea que porque su prototipo le haya salido rana va dejar de pagarme...

Salami había dejado de acicalarse y buscaba algo debajo de la cama.

—Escucha, por favor. No seas idiota; sé que sospechas de mí pero... —Salami se acercaba con un calcetín y un pañuelo en la mano— ¡No! ¡No! Corremos un terrible riesgo... ¡Soco...!

Pese a su resistencia, Salami le introdujo el calcetín en la boca a modo de mordaza, y lo aseguró férreamente con el pañuelo. Por el sabor, Chivas dedujo que el calcetín era uno de los que Salami había llevado aquella mañana para jugar al tenis...



Chivas rebullía y saltaba, tirando de las sólidas cuerdas. Pero un potente revés de Salami en la oreja le apaciguó los ánimos. Le aferró violentamente por el flequillo y le estrelló varias veces la cabeza contra los tubos del radiador, que emitieron unos acompasados acordes de órgano.

—Mira, montón de chatarra... te lo voy a decir, sólo para que te estés quieto... No es que yo sospeche de ti como biobot; sé con toda certeza que lo eres, y lo sé porque...

—Vámonos, Gerardo, no le martirices... ¿No ves que está estropeado? Además, ya casi es la hora de la votación.

Mister Salami asintió, pero no renunció a su momento de triunfo. Hasta un biobot era un público aceptable para su ego. Se inclinó, y miró a Chivas directamente a los ojos. Sonreía con una expresión pícaro y maliciosa.

—Lo sé porque yo voté por ti en mi primera eliminatoria. ¿Te acuerdas? Aquel balneario de la Selva Negra... Y gané ¿entiendes?... Voté por ti.

La mente de Chivas se resistía a desentrañar el sentido que encerraban las palabras de Salami.

—¿No te acuerdas de mí, eh? A saber los absurdos recuerdos que te habrán implantado... Pues yo sí me acuerdo; te reconocí desde el primer día. *Biobots* cometió un error en los censos de las eliminatorias. Un error garrafal, la verdad... Han repetido el modelo, tu modelo, para la final... ¿qué te parece? Me lo han puesto a huevo esos jilipollas... Naturalmente, no pienso decir nada hasta que tenga el cheque consignado a mi nombre. Después de todo, el fallo ha sido suyo...

—Gerardo ha sido muy amable y generoso explicándomelo todo y aceptando compartir el premio —medió la De Felpa, abrazando a Salami desde atrás por la cintura y propinándole un canino lametón en la oreja— No podía permitir que una máquina se aprovechara de mi inocencia...

—...como un maldito vibrador je, je... —concluyó Salami, sarcástico.

Los ojos de Chivas estaban muy abiertos y ligeramente humedecidos. Incluso con la mordaza se podía apreciar su expresión de profundo desamparo y perplejidad. Mientras Salami salía ya por la puerta sin una palabra de despedida, la señorita De Felpa se acercó y le rascó distraídamente en la coronilla.

—Sé que algo no funciona muy bien en tu chip, y que, de algún modo, eres el menos culpable de todos, pero no vamos a permitir que armes un escándalo y des una excusa a Ripstein para hacerse el moroso. Si te portas bien, volveremos después de la votación y te traeremos una escudilla de gachas...



Antes de salir, la señorita De Felpa se volvió para dirigirle una última mirada. Luego, apagó la luz y cerró la puerta. Sus pasos se alejaron trocando por el pasillo en pos de Mister Salami. Chivas se quedó allí, solo y a oscuras. No podía pensar en nada; su cabeza estaba totalmente en blanco. Y la señorita De Felpa le había mirado como se mira el ojo de la lavadora.

III. La fiesta de máscaras

Aunque viviera cien años —y no los cinco o siete que se concedía durante sus periodos de mayor desvarío— difícilmente podría pasar Chivas un trago tan angustiioso como el que pasó allí, a oscuras, amarrado al radiador en la habitación de Salami.

A veces se sentía dueño de su persona y de su identidad; pensaba en Luisa, su irascible esposa, en su agencia de publicidad, en sus pequeñas infidelidades conyugales con jóvenes y ambiciosas becarias; recorría con la mente los rincones de su casa donde solía esconder los CDes pornográficos y las botellas de whisky bueno... el cajón de las corbatas, las tripas del piano, el pequeño cubículo horadado entre las páginas de «Ulises» y «En busca del tiempo perdido»; desenredaba de sus recuerdos detalles ínfimos, insustanciales, sólo por poner a prueba su memoria, y la minuciosidad de ésta le tranquilizaba un poco. Pero, otras veces, las palabras de Salami taladraban su mente con la barrena de la verdad o, al menos, de la verosimilitud. En sus momentos más críticos, trataba incluso de detener los latidos de su corazón —ya crispando los músculos, ya articulando órdenes precisas en su mente— pues, si bien no comprendía la naturaleza del proceso, sabía que un biobot gozaba de absoluto control sobre sus impulsos nerviosos. Pero, ni aun su fracaso le confortó demasiado. Antes bien, invocaba todo otro nuevo ciclo de dudas y dilemas: si había de pasar por humano, ignorando él mismo su condición, lo lógico sería que aquella función hubiera sido automatizada. De ahí que, si *Biobot* había contado con eso, también sus meticulosos recuerdos podrían perfectamente no ser más que un minucioso archivo de simulaciones virtuales.

Y, sin embargo, los recuerdos acudían de forma tan caótica y deslazada que...

«Supongamos que soy humano —pensaba—. ¿Qué sentido tendrían entonces las palabras de Salami?» Salami parecía sincero; su actitud hacia Chivas a lo largo de toda la semana así parecía confirmarlo. Avaricia genuina había brillado en sus ojos al pensar en el premio que creía asegu-



do. Pero, si Salami había dicho la verdad, sólo cabía otra posibilidad: que, sin saberlo, él mismo fuera el biobot, y sus recuerdos los implantados. Pero ¿por qué querría *Biobots* implantar en su prototipo un recuerdo como ése? Era absurdo; no servía para nada. Nuevo dilema, y vuelta a empezar.

Tampoco aquella última mirada de la señorita De Felpa representaba precisamente un consuelo. Ella no había dudado ni por un momento de la historia de Salami, lo que, sumado a lo contradictorio de su comportamiento sexual durante toda la semana, representaba ahora para Chivas una prueba irrefutable de que, también ella, había albergado desde el principio dudas sobre la humanidad de su adorador. Quizá, ¿por qué no?, todos los concursantes, exceptuando al idiota de Ventosa, sospechaban de él. Y siete finalistas no podían equivocarse.

Afortunadamente para su cordura, sus dudas existenciales habían relegado a un segundo plano el misterio que envolvía el asesinato de Zurullo, y sus sospechas sobre la bondad del concurso: «Al menos —se decía— si yo soy el prototipo, nada debo temer de Ripstein y sus biobots». Pero éste era un triste consuelo en sus circunstancias.

Habría transcurrido una media hora —un siglo para Chivas— desde que los codiciosos vikingos le dejaran allí, cuando un sonido sospechoso le arrancó de sus angustiosas meditaciones. Unos pasos amortiguados, como de pantufla lanuda, se acercaban por el pasillo, seguidos por un insólito susurro de frotamiento, como el de una escoba.

¿Quién podría ser? Nadie había vuelto a subir al segundo piso desde que Chivas escuchara bajar, gradualmente, a los animados y despreocupados concursantes (sin conseguir llamar la atención de ninguno por más que estrelló su cabeza contra el radiador).

Los pasos y el misterioso frote se detuvieron frente a su puerta.

Y a Chivas, más que sentirse aliviado por la posibilidad de quedar libre, se le hizo un nudo en la garganta.

«Ya está —pensó— ha concluido la votación y vienen a por mí, a tuarme el código de barras»

Alguien trasteó con el picaporte y la puerta se abrió de par en par. Contra la luz del pasillo se perfilaba la negra silueta de un ser horrendo. Era increíblemente grande, gordo y lanudo, con una cabeza gigantesca coronada por dos pequeños cuernos puntiagudos. Entre sus gruesas piernas colgaba un rabo hirsuto que barría el suelo tras él. El desconcertado Chivas rozaba el umbral de la histeria; un grito de horror se apretaba contra su garganta. Se tragaría el calcetín de Salami en cualquier momento. El monstruo deslizó una de sus pezuñas hasta la pared y, con un chasquido, encendió la luz de la alcoba.



Pelaje negro con listas blancas. Hocico y orejas puntiagudas. Cinco dedos en cada garra. Dos grandes ojazos incomprensiblemente estáticos. El monstruo era una gigantesca mofeta de visos caricaturescos. Una mofeta de dibujos animados.

—¿A qué estas jugando? —preguntó la mofeta aberrante— ¿A indios?

El grito de Chivas se convirtió en una carcajada sorda, amortiguada por la mordaza, pero igualmente aberrante. El rostro gordinflón que sonreía estúpidamente entre las fauces entreabiertas de su disfraz de mofeta era el del doctor Ventosa.

A pesar de la repugnancia y el desprecio que le inspiraba, Chivas hubiera besado gustoso los labios babeantes de Ventosa. Mientras le desataba torpemente, el doctor confesaba entre pucheros que, mientras esperaba la hora, se había quedado dormido en su habitación con su bonito disfraz de gatito, y le rogaba que le ayudara, porque los criados malos le estaban buscando, al parecer, para castigarle por llegar tarde a la fiesta.

—A ti también te buscan —añadió cómplice— pero los demás ya están todos...

Chivas ni siquiera se preguntó por un segundo qué había empujado a Ventosa a entrar en la habitación de Salami. Ya conocía de sobra su inato sentido de la oportunidad.

Pero ¿qué querría decir con eso de que ya estaban todos los demás? Que ya estaban en la fiesta, seguramente. Ripstein habría ignorado las protestas de Salami, y solicitado que todos los concursantes estuvieran presentes en la votación. O quizá ésta había ya concluido, y necesitaban las llaves de Chivas y Ventosa para abrir la caja fuerte y comprobar el resultado... Sin embargo, Chivas ya no estaba dispuesto a seguirle el juego a *Biobots*, y confiaba en que Salami no hubiera confesado su secuestro, indicándoles dónde podían buscarle. Se masajó las muñecas laceradas y palpó cuidadoso los chichones de su cabeza. Zurullo había sido asesinado por un biobot, y sus recientes desventuras no modificaban para nada ese hecho.

El cerebro de Chivas era un vertedero de hipótesis. Allí estaba ocurriendo algo muy malo y él no sabía qué. No sabía ya si era humano o biobot; pero una cosa sí tenía clara: que, si era un biobot, era un biobot que iba a perder su clonado culo por llamar a la policía. De momento, trataría de ignorar su crisis de identidad y se concentraría en salvar el pellejo. No bajaría a la fiesta. Necesitaba libertad de movimientos para llevar a cabo su plan original.

Se asomó cautelosamente al pasillo, mientras Ventosa esperaba detrás, inflando pompitas de saliva con la boca. Un silencio sepulcral reina-



ba en el segundo piso de la mansión. Todas las puertas de los concursantes estaban cerradas y ni un solo lacayo campaba a la vista. Por el contrario, desde el piso de abajo llegaban los ecos de un fenomenal trájín; puertas que se abrían y se cerraban, golpes, carreras, taconeos, órdenes y exclamaciones indescifrables. La fiesta de clausura debía ser sonada.

La ocasión resultaba inmejorable, pues Ripstein habría de encontrarse forzosamente con los concursantes, en el comedor principal. El despacho del Oficiante estaba estratégicamente situado al extremo del pasillo, separado del ala de los huéspedes por el hueco de las escaleras, que debía bordear con cuidado pues, durante unos segundos quedaría expuesto a las miradas de quien se encontrara en el recibidor. Lo mejor sería echar un vistazo fugaz entre los barrotes de la baranda, esperar el momento apropiado y pasar corriendo. Rezó porque el teléfono del Oficiante no fuera un móvil, que hubiera podido llevarse consigo. De ser así, no le quedaría otra opción que bajar, con el aspecto más animoso y despreocupado posible, a reunirse con los otros. Si era un biobot, apechugaría con ello. Si no, tal vez, Ripstein les dejara simplemente marchar, confiando en su ignorancia sobre las verdaderas circunstancias que rodeaban la muerte de Zurullo.

O también podía echarse al monte, en busca de cualquier covichuela donde esconderse.

Había dado ya un par de pasos fuera de la habitación, cuando escuchó el crujido inconfundible de las escaleras. A juzgar por el frenético redoble de los pasos, se trataba de un grupo muy nutrido el que subía ahora a la segunda planta. Y parecía traer mucha prisa.

Volvió a meterse en la habitación y apagó la luz, dejando un mínimo resquicio para espiar.

—¿Qué pasa? —decía la mofeta— ¿Qué pasa? ¿Qué pa...?

Chivas le agarró por el robusto cuello y le cubrió vigorosamente la boca con la mano. Aunque todo aquello sería inútil si sabían dónde buscarle.

Un pelotón de tres fámulos y dos doncellas, todos con idéntica inexpresividad en las facciones, irrumpió en el pasillo. Con suma aprensión, Chivas pudo observar que los cinco portaban como arma algún objeto contundente, desde una escoba o un tiesto hasta una alabarda medieval, pasando por las sendas espumaderas que blandían amenazadoramente las doncellas. Chivas se encogió en su aspillera, con el corazón en un puño y la garganta áspera como estropajo. Pero el pelotón pasó de largo, al trote, frente a la puerta de Salami. «Bien —pensó el comisario— Salami ha tenido miedo de confesar» Pegando la cara a la pared, Chivas pudo ver



cómo los fámulos se paraban junto a su propia habitación, abrían sin contemplaciones y se colaban en tropel para adentro.

Debía apresurarse a aprovechar ese momento. Sin duda, cuando no le encontrarán en su cuarto, iniciarían un registro concienzudo de toda la planta, habitación por habitación.

Tomó a la mofeta por la pezuña y le susurró:

—Baje a la fiesta si quiere, doctor —consideraba que el drogado Ventosa no le sería de gran ayuda en sus planes— No le castigaran por llegar tarde. Pero no diga que me ha visto ¿eh?

Debía jugárselo el todo por el todo, pues no dispondría de mucho tiempo. Apretando los dientes echó a correr hacia el extremo opuesto del pasillo, bordeó sin mirar el hueco de las escaleras y no paró hasta encontrarse junto a la puerta marcada con el número once. Sólo entonces se volvió para comprobar si los fámulos habían salido ya de su habitación.

Enfundado en su absurdo disfraz de mofeta, Ventosa le seguía al trote, pegado a su culo, con su necia sonrisa de alelado.

—¡Te pillé! —dijo. Se lo tomaba todo como un estúpido juego.

«Bueno —pensó Chivas, resignado— que venga, siempre lo puedo utilizar como escudo, o como proyectil...» Y, sin pensárselo dos veces, abrió la puerta de su Oficiante.

La suite número once era la más espaciosa de la mansión y, contrariamente al resto de las habitaciones, no estaba decorada al recargado estilo victoriano, sino con la precisa elegancia de líneas y la funcionalidad de una oficina. Los únicos elementos anacrónicos de la decoración, concesiones a la recargada y cosmopolita ambientación victoriana de la época colonial, eran una extensa y gruesa alfombra hindú y un biombo chino. A la izquierda de la puerta se abría un amplio ventanal, por donde penetraba todavía la claridad plomiza del crepúsculo, pues no serían aún las siete de la tarde. A la derecha, tras un vasto espacio abierto que la alfombra se ocupa de vestir, una simple cama plegable, un armario ropero y la entrada del ascensor, parcialmente oculta por el biombo.

Y, justo frente a la puerta, en el extremo de la alfombra hindú estaba, rodeado por varios archivadores repletos de CD's, el escritorio de trabajo de Ripstein. Chivas había estado acertado en su presunción. Sobre la mesa había, además de un flamante teléfono fijo, un móvil y un terminal de ordenador provisto de módem. Todo un surtido para escoger.

Por desgracia, detrás del escritorio, sentado en su silla, estaba también Arturo Ripstein, jefe de Relaciones Públicas de *Biobots S.A.*, y Oficiante honorífico en la final del concurso-test de producto «Desenmasca-



re al Biobob». Para colmo de ironía, llevaba encasquetados unos pequeños auriculares y un micrófono inalámbrico, por el que parecía estar susurrando cuando entraron. Chivas pensó que sólo faltaban un tam-tam y una linterna de señales. Lo mismo le daba.

Al verles aparecer por la puerta Ripstein les dedicó una de sus sonrisas de Oficiante, muy gratamente sorprendido de verlos, al parecer. Chivas se puso en guardia.

—¡Caramba, comisario! Y nuestro querido viciosillo, el doctor Ventosa... Sherlock Holmes y el doctor Watson... Hercules Poirot y el capitán Hastings... No sabe cómo me alegro de verles.. ¡Nos tenían ustedes realmente asustados!

Por lo menos, Ripstein estaba solo, y eso acabó por disuadir a Chivas de su primer impulso, que había sido el de volver grupas y correr ciego hacia los jardines. Tampoco Ripstein parecía, en verdad, muy amenazador. Chivas se relajó un poco; acaso hubiera sido todo un desafortunado malentendido. Quizá, como presumió en un principio, el biobot «siete» se volvió loco y...

El doctor Ventosa entró en la suite rodeando a Chivas y se plantó en medio de la alfombra, a medio camino del escritorio. Giró sobre sí mismo estudiando toda la habitación, con su cola peluda barriendo la alfombra y un hilo de moco verdoso pendiendo de su nariz.

—¡Qué fiesta más aburrida! —exclamó con mohín enfurruñado. Luego bostezó, se encaminó hacia la ventana, junto a la que se apoyaba un mullido canapé y se dejó caer en él, quedándose en el acto profundamente dormido. «¡Pues sí que me ha sido de ayuda!» —pensó Chivas.

Ripstein le observaba con una sardónica sonrisa, asintiendo complacido con la cabeza.

—Me temo que su doctor Watson se ha quedado dormido. El pobre ha estado sometido a mucha presión durante estos días... Creo que el accidente de Zurullo le afectó más que a usted. Yo he tenido que ayudarle a superar su trauma y, afortunadamente, ha respondido bien al tratamiento. Ha sido un paciente muy complaciente, sí señor, sumamente predisuesto, él mismo me pedía diariamente su dosis de *ploff*... —suspiró— Pero, por un rato, me tuvieron ambos muy preocupado. Creíamos que habían conseguido escapar de alguna manera...

—¿Escapar? —Chivas tragó saliva y tensó todos sus músculos— ¿escapar de qué?

—Ohhhh, ¡qué lástima! Me parece que le había sobrestimado, comisario Chivas... —hizo una pausa y empezó a buscar algo en los cajones de su escritorio— Dígame ¿dónde han estado metidos hasta ahora?



—yo... yo... estaba atado, en la habitación de Mister Salami —de pronto, todos aquellos nombres le parecían terriblemente estúpidos— él asegura que yo... que yo soy su máquina... dice que ustedes cometieron un error, que votó por mí en la primera eliminatoria...

Ripstein frunció el ceño e interrumpió un segundo su búsqueda.

—Entiendo... Sí, cometimos un error, aunque no el error que él imaginaba. Supongo que es posible que coincidieran; sobre todo considerando que apenas reparábamos en quién votaba por quién —chasquéo la lengua— Créame, no es fácil organizar una prueba de estas características... Pero la próxima vez lo haremos mejor...

—¿Qué quiere decir con eso? Hable claro... ¿soy o no soy un biobot!?

El rostro de Ripstein tornose repentinamente grave, mientras, con las manos tras el escritorio, le estudiaba de arriba a bajo. Pero en sus ojos bailaba una candela juguetera.

—Sí, lo es —dijo con una solemnidad eclesiástica— Tiene el código de barras tatuado bajo el escroto...

Chivas no pudo reprimir una mirada de soslayo a su entrepierna. Pero las carcajadas del Oficiante le hicieron levantar avergonzado la cabeza. Ripstein sostenía un revolver en la mano, que se meneaba peligrosamente al ritmo de sus carcajadas.

La espalda de Chivas se empapó de sudor frío. Así que todas sus sospechas eran fundadas...

—¡Ja, ja, ja! Lo siento... —el Oficiante se partía de risa — no he podido evitarlo ja, ja... ¡si hubiera visto su cara!

—No ha tenido ninguna gracia... —murmuró Chivas, calculando sus posibilidades de alcanzar la puerta. Pero Ripstein congeló sus carcajadas y le encañonó con decisión.

—¡No se mueva de donde está, comisario! El concurso ha terminado —cambió bruscamente de tono y habló al pequeño micrófono— Ya los tengo, doctor Grass... en mi despacho, han venido ellos solitos je, je... Sí, tráigase a los demás, y que se presenten también un par de lacayos...

—Y ahora, comisario, siéntese, por favor — Ripstein le señaló uno de los dos sillones para visitas que había frente al escritorio. Ventosa, por su parte, seguía roncando despreocupadamente en el canapé.

Un chasquido mecánico surgió entonces del ascensor. Alguien lo había llamado desde el recibidor, o la bodega. Una columna de luz, proveniente de la aspillera, se proyectó contra el tejido estampado del biombo, deslizándose lentamente hacia el suelo hasta desaparecer.



—Pero, ¿dónde están los demás concursantes? ¿quién ha sido el ganador?

—Tranquilo, comisario. Todo a su tiempo. Pronto comprenderá.

Chivas sentose como le ordenaban. Por primera vez reparó en las etiquetas que marcaban los compactos, cuidadosamente ordenados en los archivadores. En la mayoría aparecían reseñas del tipo: *Día 1/ cena/ todos los sujetos*, o bien: *Día 6/partida cartas/ sujetos 2,5,6 y 9*. Se detuvo especialmente en uno, que tenía una reseña mucho más larga: *Día 4/desayuno/ todos los sujetos excepto 7/situación atípica/no extrapolar*. Otro, pegado a éste, le llamó la atención porque sólo figuraba su número. *Día 4/desayuno/ sujeto 6/ extraño comportamiento con criado/ ¿posibles sospechas?*. Y una recomendación: *extremar cuidado*.

La curiosidad era entonces casi más poderosa que su miedo. Y, antes que dilucidar el asesinato de Zurullo, se sorprendió descubriendo que lo que de verdad le intrigaba era saber, de una vez por todas, quién era el biobot de marras. Orientó ligeramente el sillón hacia el biombo, que escondía ahora por completo la puerta del ascensor. Su zumbido se detuvo bruscamente y Chivas sintió cómo su pulso se aceleraba, mientras la puerta se abría y varias siluetas se perfilaban sobre la tela estampada.

La primera en flanquear el biombo fue la señorita De Felpa. Estaba completamente desnuda y su piel pálida brillaba, ligeramente humedecida. «Claro —se dijo Chivas, aliviado a su pesar— sólo podía ser ella». Y, por un instante, celebró su buena suerte. Al cabo, había sido Salami quien copulara con una máquina.

Pero, acto seguido, salió, igualmente desnudo, Mister Salami. Ambos sonreían vilmente.

—¿Los dos, eran los dos biobots? —preguntó, girándose hacia Rips-tein.

Éste le demandó paciencia con un gesto y siguió mirando hacia el biombo.

Cuatro figuras más hicieron su entrada. Chivas no pudo aguantar ya sentado, y se incorporó bruscamente del sillón. Sémola, la señorita Compota, exuberante en su almiarada desnudez, la Marquesa de la Pita, Lady Lasaña, los cuatro igualmente desnudos, igualmente pringosos, con la misma viciosa sonrisa en los labios, fueron también asomando de detrás del biombo.

Mientras los engendros desnudos se iban agrupando junto a la cama, el ascensor volvió a sumergirse en las entrañas de la mansión.

A Chivas le daba vueltas la cabeza. Todos, absolutamente todos eran biobots. Incluso él mismo, incluso Ventosa, incluso, de alguna ma-



nera, Zurullo, que salió también entonces de detrás del biombo, sin rastro de huellas de estrangulamiento pero con una horrible cicatriz cerrando la herida de la palmatoria. Ellos, los diez, eran los prototipos, y aquel concurso, una maquiavélica prueba de convivencia, o quizá —la idea hizo aflorar a sus labios una amarga sonrisa— un rodaje, como el de las motos...

Para su sorpresa, aquella idea le serenó un poco. No tenía por qué tener miedo. Después de todo ¿qué más daba? Ahora, Ripstein les ajustaría la memoria a él y a Ventosa, como había hecho con el resto, y pronto también ellos podrían sonreír tan felizmente como sus hermanos de cuba...

Pero entonces vino la puntilla. Cuando la puerta del ascensor se abrió de nuevo, Chivas tuvo que dejarse caer en el sillón, para evitar desplomarse, desmayado, turulado, contra el suelo. Por detrás del biombo acababa de asomar una copia exacta de lo que Chivas veía cuando se miraba en el espejo de la ducha. Una réplica exacta de si mismo hasta el mínimo detalle. El engendro le sacó la lengua y le dedicó una sonora pedorreta, para reunirse seguidamente con sus compañeros.

Pero aún había más. Tras él, gordo y paliducho, anadeaba otro Ventosa, con su misma expresión obnubilada e idéntica laxitud en los rasgos y miembros.

La mofeta, que seguía durmiendo en su canapé ajena a todo, soltó una estruendosa flatulencia de líquidas resonancias y cambió de postura.

Ante el atónito comisario, los diez biobots desnudos se alinearon a un lado de la alfombra. Ripstein los admiraba con un orgullo casi paternal.

—Aquí los tiene, comisario Chivas. Ellos son los primeros prototipos de nuestra Tercera Generación...

—Pero... ¿cómo? ¿qué prototipos? ¿ellos? ¿acaso no somos todos...?

Ripstein se volvió una vez más hacia el biombo. Chivas no se hubiera sorprendido ya de ver aparecer al mismísimo Oficiante desnudo. Pero no. Era hombrecillo de edad avanzada y pequeña estatura, calvo, con bata blanca y gruesas gafas de concha. Estaba muy pálido y llevaba un brazo en cabestrillo, pero se hinchaba y sonreía con el mismo orgullo que el Oficiante. Arrastró los pies hacia el escritorio y, tras una última mirada a los biobots, se situó a la espalda de Ripstein.

—Le presento al doctor Richard Grass jefe de nuestro departamento de investigación —dijo Ripstein— No suele ser corriente que el departamento de I+D y el de comunicaciones trabajen juntos en una empresa de tecnología puntera pero, en este caso, resultaba imprescindible...



Chivas no podía apartar la vista de los engendros, que le miraban a su vez con todo un surtido de expresiones familiares. Sólo Sémola y Confeti se cubrían las vergüenzas. Compota alzaba desafiante los pechos, mientras que Salami ponía los brazos en jarras y sonreía jactancioso. El suyo le miraba con socarronería, aunque un temblorcillo de sus manos indicaba que ya iba necesitando una copa. Chivas trató de controlar su propio temblor.

—Pero... la Tercera Generación ya estaba diseñada. Yo... las eliminatorias... los abstemios...

Ripstein negó repetidas veces con la cabeza, mientras chasqueaba acompasadamente su lengua. Toda aquella escena parecía complacerle en grado sumo.

—Intente darle la vuelta al asunto, comisario Chivas —dijo— Ninguno de ustedes llegó hasta aquí por haber desenmascarado al biobot de sus eliminatorias. Entre otras cosas —el señor Ripstein emitió una risita perruna— porque, nunca, en ninguna de ellas, hubo un biobot infiltrado... Todos ustedes hicieron miserablemente el idiota...

—¿Qué? Entonces ¿cómo...?

—Se lo explicaré; llámelo orgullo profesional si quiere... El concurso «Desenmascare al biobot» no era en realidad tal, tampoco era un post-test de producto, sino una modalidad complementaria del marketing... ¡un estudio de mercado! O, si lo prefiere, una encuesta... Quizá recuerde que yo sufrí un pequeño lapsus durante aquel atípico desayuno. Lo llamé «pretest», que, como usted ya sabe merced a su profesión, es un test previo a la producción. Temía que se hubiera percatado de ello. Afortunadamente, estaba usted demasiado... abatido...

Chivas sacudió la cabeza. No comprendía nada de lo que Ripstein le estaba diciendo. La proximidad de aquellos diez engendros, particularmente de uno, le ponía los pelos de punta.

—Se más explícito, Arturo —sugirió Grass— me temo que esto ha sido demasiado para el comisario.

Ripstein se aclaró la garganta. Chivas apostó a que se alegraba de su pequeño retraso, pues le daba ocasión pintiparada para cantar las propias alabanzas.

—Ustedes, los diez, no llegaron aquí por haber desenmascarado al biobot... sino porque fueron los menos votados como biobots en sus respectivas eliminatorias... Todos ustedes, patéticos borrachines, son, a juicio de sus congéneres, humanos muy convincentes... y eso es precisamente lo que nosotros precisábamos para programar nuestros prototipos: un perfil convincente de ser humano. No necesito decirle por qué...



El comisario se sentía como un idiota. Todo había estado tan claro desde el principio. La perfección de los prototipos, su ineptitud a la hora de identificarlos, la cartas con que *Biobots* les anunciaba su acierto, sin darles oportunidad de comprobar nada...

—Ya el primer día, fueron ustedes tan amables de cedernos un poquito de su sangre. A partir de ese momento el doctor Grass comenzó a trabajar en sus clones... Mientras, yo debía ocuparme de completar sus perfiles psicológicos y sus patrones de conducta en sociedad.

—Pero ¿por qué clones? —preguntó Chivas, mirando de reojo a los engendros— ¿no debería bastarles con los patrones de conducta?

—Oh, no, no... los clones son imprescindibles para la segunda fase del test. El postest propiamente dicho... Una prueba de campo je, je..

—Digamos que... —Grass se rascaba pícaro la barbilla con su mano buena— nuestro prototipo «Chivas» andará con sus pantuflas, se limpiará los pies en su felpudo y utilizará su aftershave durante los próximos siete años... ¿Cómo se llamaba su esposa, comisario...?

Las uñas de Chivas se clavaron profundamente en sus palmas.

—¡Nunca conseguirán engañar a Luisa! ¡Nunca!

Grass se encogió de hombros.

—Bueno, reconozco que la memoria del prototipo no puede ser tan completa como la suya. Posee recuerdos muy básicos: nombres, lugares, fechas.. todo lo que razonablemente se puede saber de usted. Pero eso sí, sus patrones de conducta... —volvióse hacia el engendro— Dime, número seis, ¿qué harás al volver a tu casa?

—Llevaré un ramo de flores y le diré a mi esposa que el simposio ha sido mortalmente aburrido... me tomaré una copa... si Luisa me pregunta por la mujeres del simposio le diré que todas eran feas y sosas... me tomaré una copa... si Luisa sugiere un contacto sexual alegraré cansancio... me tomaré una copa... telefonaré a Margarita y, fingiendo hablar con Goyo, concertaré una cita para el día siguiente en el hotel de siempre... me tomaré una...

—¡Basta! ¡Basta! Es suficiente... ¿qué le parece, comisario?

¿Qué podía decir? Eso era precisamente, con pequeñas variaciones en cuanto a Goyos y Margaritas, lo que Chivas había hecho al volver a su casa de las anteriores eliminatorias, u otras excursiones de fin de semana a imaginarios simposios.

—Pero... ¿qué esperan obtener de todo esto?

Ahora fue Ripstein quien tomó la palabra.

—La muestra inicial estaba compuesta por individuos concienzudamente seleccionados. Individuos que ocuparan puestos de responsabili-



dad en sus respectivas ocupaciones sin ser demasiado conocidos. Si además sus profesiones les permitían ejercer influencia sobre la sociedad, tanto mejor... Pero, como ejemplo, ustedes mismos, los finalistas: Usted, comisario, dirige una pequeña agencia de publicidad, Mister Salami es locutor de radio, el profesor Confeti es, en efecto, catedrático, el coronel Sémola posee una editorial, la Marquesa de la Pita es alcaldesa en un pequeño pueblo asturiano, la señorita De Felpa una reputada prostituta de lujo —Chivas se mordió la lengua, «además de una gran actriz, maldita sea», pensó. Y ya no le chocó en absoluto imaginarse a la señorita De Felpa intentando forzar la caja fuerte en sus inocentes excursiones nocturnas. Seguramente, ni siquiera tenía un hermanito retrasado...

—...la señorita Compota es asesora fiscal, el señor Zurullo...

—...el señor Zurullo era un agente sindical —concluyó Chivas— ¿no es así?

—En efecto; también necesitábamos agentes sindicales. Tampoco tengo que explicarle nuestras razones para ello. Llamémoslo simple contraespionaje. Y debo decirle que fueron muchos los que accedieron en un principio, atraídos por el premio. Lamentablemente, Zurullo, el finalista, resultó ser un agente muy bueno. No sé cómo se las arregló para introducir un arma en la isla y colarse en los laboratorios del sótano, pero lo hizo —se encogió de hombros— Quizá alguien olvidó la puerta abierta, no lo sé. El caso es que lo vio todo... las cubas, los clones en desarrollo, los equipos... y sacó rápidamente sus conclusiones. Disparó sobre el doctor Grass con esta misma arma, hiriéndole levemente, como puede ver, e infligió graves daños a su propio lacayobot, que había bajado hasta allí extrañado por su ausencia. Por fortuna, el lacayo tuvo aún tiempo de estrangularle antes de quedar inutilizado...

—Y, ¿por qué no nos liquidaron a todos entonces? —sugirió Chivas estúpidamente.

Ripstein se recostó, entrecruzando los dedos sobre su vientre.

—Sí, quizá eso hubiera sido lo más seguro. Consideré esa idea ya desde el momento en que tuvimos sus muestras genéticas, pero el Doctor Grass me disuadió. Sus biobots aún no estaban listos, algo podía salir mal y tenerles a ustedes a mano era una buena garantía...

—Podían habernos encerrado...

—No podíamos —intervino Grass— todavía nos faltaban datos para completar sus perfiles y, si queríamos que estos fueran fiables, necesitábamos que ustedes estuvieran tranquilos, relajados, que se comportaran como lo hacen habitualmente...



—Retomando su antigua duda, comisario —dijo Ripstein— le diré que, en efecto, no teníamos escuchas en las habitaciones. Nuestras escuchas eran los lacayos. Todo lo que hacían ustedes en su presencia iba directamente a nuestros bancos de datos... las fiestas, las cenas, los partidos... su comportamiento social, todo lo que en realidad nos interesaba...

—Nueve perfiles de personas aterrorizadas, o simplemente recelosas, no nos servirían de nada y, si Zurullo era asesinado, o desaparecía sin dejar rastro, eso era precisamente lo que tendríamos. No, necesitábamos un accidente que no dejara margen para las suspicacias. Y allí sólo teníamos un cadáver estrangulado...

—Debíamos pensar con rapidez —continuó Ripstein— Y reconocerá que nuestra solución fue brillante. Hicimos algo que nunca se había hecho todavía... Siga usted, profesor Grass...

Grass se infló como un pavo.

—Sacamos a su biobot replicante de la cuba proteínica antes de tiempo. Era poco más que un tarado chorreante, y ni siquiera su acabado orgánico era muy bueno, pero regía, respiraba y andaba...

—Claro, por eso no tenía huellas dactilares... —murmuró Chivas para sí.

—Ah, ¿se dio cuenta je, je? Me pregunto que absurdas conclusiones extraería de ello.

—Es cierto; —apuntó Grass— también carecía de muelas del juicio, nuez, barba, pelo púbico, arrugas y manchas hepáticas, entre otros detalles. Además, sólo disponía de programación básica...

—Pero estaban ustedes ya tan borrachos cuando entró que no se dieron cuenta de nada... Dio el pego a la perfección. Durante la fiesta se limitó a imitar el comportamiento de ustedes, mientras, con la mayor notoriedad posible, procuraba llevar a cabo la misión que le habíamos encomendado: crear las condiciones adecuadas, llamar la atención sobre ellas, y luego sufrir un «accidente». Lo de la palmatoria y el *plouff* fue idea mía; un poco retorcida, lo reconozco, pero no teníamos mucho tiempo... Debía parecer un accidente, pues un suicidio siempre crea un ambiente extraño y lúgubre, que no nos convenía. No salió del todo bien, pues contábamos con la colaboración como testigo de la señorita De Felpa para dar ése último toque de credibilidad... —frunció pensativamente los labios— Las cintas de nuestro Zurullo nos descubrieron su presencia y, sin embargo, no llegué a entender por qué no dio la alarma, ni por qué no quiso contar por la mañana lo que vio, y ser demasiado insistente hubiera despertado los celos de los demás... Pero, al cabo, no fue necesario. Les despertamos a ustedes —trazo un amplio gesto para abarcar a Ven-



tosa y a Chivas— y les mostramos la escena sin tocar nada. Debo reconocer que me sorprendió la facilidad con que todos ustedes se tragaron el anzuelo; de haberlo sabido no nos hubiéramos tomado tantas molestias...

—Luego devolvimos el biobot a la cuba. El entramado cibernético todavía funcionaba perfectamente y, en cuanto a los tejidos dañados, se recuperaron bastante bien en la solución. Todavía nos queda el problema de los patrones incompletos de Zurullo, pero nos arriesgaremos. Ya de por sí, no era un hombre muy inclinado al trato...

Chivas se había desinflado sobre el sillón. Era demasiado para un solo día.

—¿Y ahora? ¿qué ocurrirá?

—¡¿Qué ocurrirá?! —los ojos de Ripstein centellearon— Si la prueba funciona y nuestros prototipos se integran sin ser descubiertos, pronto, muy pronto, cientos, miles de clones controlados por *Biobots* ocuparán los puestos de poder en todo el mundo. ¡Modificaremos las leyes a nuestro antojo! ¡El poder absoluto! ¡Seremos los dueños del mundo!

—¡Los dueños del mundo! —reverberó Grass con la lengua fuera.

—Sí, bueno, pero ¿qué ocurrirá conmigo? —insistió Chivas.

—¡Oh! Bueno, no necesitamos para nada dos Chivas —dijo Ripstein en tono burlón. Seguidamente, susurró una orden por su micrófono.

Una pareja de lacayos entró en la suite. Se acercaban a Chivas con una expresión de ferocidad que nunca había visto adoptar a los serviles y complacientes fámulos. Su postura de luchadores expertos disuadió al comisario de cualquier resistencia. Estaba perdido.

Entonces, todo ocurrió muy rápido. Sonó un disparo y la cabeza del primer lacayo estalló como un globo, regando a Chivas con sangre, trocitos de hueso y componentes electrónicos. Sonó otro disparo y el segundo lacayo se desplomó, con un reguero de sangre manando de su boca. Ripstein alzó su arma y disparó hacia la ventana. El cristal se hizo añicos. Una bola de pelo negro rodaba por el suelo y se incorporaba con agilidad pasmosa. Sonó otro disparo y la mano de Ripstein se quedó sin dedos para sujetar la pistola. El Oficiante cayó desmayado en el suelo, mientras los diez replicantes desnudos se dispersaban, piando como gallinas con los brazos en alto, algunos hacia el ascensor y otros hacia la puerta.

Chivas no entendía nada. La mofeta tenía abierta la cremallera del disfraz y un gigantesco revólver humeaba en su garra, apuntando directamente a Grass. El rostro sudoroso de Ventosa se crispaba entre las fauces de la mofeta con una expresión de ferocidad y fría determinación.



—¡Ah, no! —dijo Grass alzando su cabestrillo— yo ya tengo bastante. Me rindo sin condiciones.

Ante el alucinado Chivas, Ventosa dejó su arma sobre la mesa y se quitó el capuchón de la mofeta. Debajo llevaba su sempiterno gorro de dormir. Se acercó la dichosa borla a la boca y, con voz serena y autoritaria, dijo:

—Aquí comisario Ventura. Ya los tenemos. Adelante, grupo de intervención...

El cielo de la isla se llenó con las sirenas, los megáfonos, y el zumbido de los deslizadores.

Chivas ya sabía qué necesidad de *Biobots* debía cubrir el «doctor» Ventosa.

Epílogo

El último deslizador, el que portaba a los concursantes y su escolta de agentes, se elevó flotando sobre el jardín de la mansión. Ripstein y Grass habían partido ya, convenientemente esposados, en dirección a la cárcel más cercana. Se enfrentaban a sendos cargos por asesinato, secuestro y conspiración para infligir las normativas biobóticas. Seguramente, arrastrarían a toda la empresa en su caída. Las fuerzas especiales habían liquidado a todos los lacayos de Ripstein, que estaban programados, no sólo como fámulos, sino también como guardaespaldas, por lo que ofrecieron dura resistencia. Chivas lo sintió por su Mamita; siete años son muy pocos para perderlos defendiendo a un sinvergüenza. Sólo los diez engendros desnudos, haciendo gala de una picardía propia de sus perfiles programados, habían conseguido escapar, dispersándose como polluelos por los jardines y las rocas. Chivas casi se alegraba, no le gustaba la idea de que alguien acribillara su cuerpo, aunque perteneciera a un biobot y, al fin y al cabo, si descontamos al desdichado Zurullo, todo había terminado bien.

Los nueve concursantes estaban vivos; los lacayos se habían limitado a acogotarles, drogarles y encerrarles en las bodegas según iban bajando ingenuamente a la fiesta. A saber qué macabros experimentos tenían Ripstein y Grass reservados para ellos. Lo más seguro es que hubieran acabado en el fondo del mar una vez que sus replicantes los hubieran sustituido con éxito. O quizá planeaban mantenerlos drogados indefinidamente, por si alguno de los biobots era descubierto y urgía una pronta sustitución. Por fortuna, los agentes de Ventosa les habían liberado y



conducido hasta el deslizador que los devolvería a sus casas. Chivas, sentado en su asiento junto al comisario, había presenciado por la ventanilla el desfile de sus desdichados competidores, todavía embutidos en sus disfraces, abordando el deslizador con una patética expresión de perplejidad. Sémola, de pollo; La Marquesa de la Pita, de croupier; Confeti, cómo no, de sabio despistado; la señorita Compota, de conejita, y finalmente, con la cabeza gacha, la pareja de codiciosos vikingos... Chivas no pudo evitar dirigirles una sonrisa de superioridad cuando, sin decir palabra, ocuparon los asientos adyacentes.

El deslizador giró sobre sí mismo y enfiló su proa hacia el sur. Comenzó a acelerar suavemente, deslizándose hacia los acantilados, apenas unos metros por encima de las copas de los tilos y las acacias del jardín.

—La prueba me olió mal desde el principio, así que, apenas recibir la citación me puse en contacto con el Grupo de Control Biobótico y planeamos una operación combinada. —explicaba el comisario Ventura. Todavía llevaba el disfraz de mofeta, lo que despertaba la hilaridad soterrada de sus agentes—. Afortunadamente, dí la talla de humanidad en las eliminatorias jo, jo... y conseguí alcanzar la final. Era una oportunidad que ni pintada para investigar...

—Lo que no entiendo —interrumpió Chivas— es cómo Ripstein se arriesgó...

—Bueno, digamos que mi excesiva devoción por el vino no me ha dado precisamente hasta hoy fama de policía competente... Claro que ahora jo, jo... a ver quién me pisa un ascenso.

Como si quisiera recuperar el prestigio y la dignidad perdidas durante sus días de Ventosa, el comisario Ventura parecía complacerse horroses en alardear de su pericia detectivesca.

—El accidente de Zurullo ya fue de por sí bastante sospechoso e inverosímil. Por si esto fuera poco, advertí enseguida al reconocerle sus deficiencias físicas y, si bien no encontraba ninguna explicación lógica para ello, mis sospechas de que *Biobots* planeaba algo sucio con su concurso comenzaron a avivarse... Por eso me hice el tarado y fingí fumar todo ese *ploff*, para que Ripstein y sus biobots, que, como es lógico, me mantenían especialmente controlado, se despreocuparan un poco de mí. Incluso tuve que ensuciarme encima para darle un toque de credibilidad, brrrrr —hizo una mueca y se volvió receloso hacia sus agentes, por si alguien había escuchado esas últimas palabras— El caso es que mi truco funcionó mejor de lo que esperaba pues, como pudo comprobar esta tarde, Ripstein y sus lacayos apenas se inquietaban por mis movimientos, lo que me permitió investigar a fondo la mansión. Imagine mi sorpresa cuando



encontré el mechero de Zurullo y los cadáveres... Saqué las mismas conclusiones que usted, si bien aún estaba lejos de descubrir el verdadero plan de *Biobots*. Necesitaba más tiempo para que ellos mismos se delataran, por eso demoré la intervención de mis hombres, con quienes, gracias a mi emisora camuflada estaba continuamente en contacto...

Chivas recordó la perra que había cogido Ventosa con su gorro de dormir, y comprendió las verdaderas razones de que no quisiera separarse de él tras el asesinato de Zurullo.

—Yo mismo sugerí a Lady Lasaña la idea de la fiesta de disfraces; naturalmente, camuflándolo como uno más de mis desvaríos. Sabía que ella lo haría pasar por ocurrencia suya y yo necesitaba un sistema para que mi gente me hiciera llegar un arma. Supuse que nadie en su sano juicio escogería el disfraz de mofeta...

—¿Y el señor Zurullo? ¿De dónde sacó él arma con que hirió a Grass?

—¡Oh! Creo que el optó por un sistema más tradicional, además de mucho más... —Ventosa ahogó una risita— digamos... incómodo, para colarla en la isla y mantenerla oculta. Quizá recuerde su peculiar forma de andar, apretando las nalgas y...

—No me diga más... —le cortó Chivas. «Y yo creyendo que padecía de diarrea». Le pareció divertido cómo pistas absurdas y erróneas podían conducir de igual modo a la verdad.

—¿Y yo? ¿Por qué me dio tantas pistas a mí? La canción, el mechero, el segundo cadáver...

—Bueno, gracias a mi representación nadie se preocupaba mucho por el doctor Ventosa —retomó una de sus muecas de alorado—, pero maquinaé que, si además tenían una distracción añadida, alguien que consideraran una verdadera amenaza, yo podría moverme con mucha mayor libertad... Lo escogí a usted simplemente por su apodo, querido colega jo, jo...

Holmes y Watson, Poirot y Hastings... mientras se asomaba por la ventanilla para echar un último vistazo a la isla, Chivas cavilaba sobre la extraña manera en que los papeles y los disfraces se habían mezclado y confundido en aquella historia.

El deslizador había dejado atrás los jardines y sobrevolaba las escarpadas costas de la isla. Chivas hizo un gesto a Ventura, invitándole a mirar los acantilados, teñidos de almíbar a la luz del crepúsculo. Señaló hacia el último grupo de tilos que cerraban el jardín.

Diez figuras desnudas se abrían paso entre la hojarasca y corrían en dirección a los acantilados. Alguno parecía hacer señas hacia el deslizador, como despidiéndose.



—¿Qué harán con ellos? —preguntó Chivas a Ventura.

—No sé. Supongo que sería un derroche estúpido destruirlos si no ofrecen resistencia. Seguramente, esta propiedad será confiscada y vendida en subasta, incluyéndoles a ellos. Si consiguen sobrevivir hasta entonces, supongo que sus nuevos dueños los pondrán a trabajar como lacayos o jardineros...

Chivas sonrió satisfecho. Eso estaba bien. Pensó, regocijado, que un poco de sano trabajo al aire libre le sentaría estupendamente a su cuerpo. «Quizá incluso me exima a mí de hacer footing je, je...» Estaba de un humor excelente. Tanto que se le ocurrió chincar un poco a los traidores Mona y Gerardo, alias Salami y De Felpa, alias Olaff y pastorcilla...

—¿Todavía seguís creyéndome un biobot? —les preguntó con sorna. Chivas consideraba que lo mínimo que aquella ambiciosa pareja le debía era una disculpa por su trato.

—¿Perdón? —preguntaron ambos al unísono.

Se miraron desconcertados el uno al otro; la señorita De Felpa había enrojecido como en sus mejores tiempos. Había enrojecido como debía enrojecer si fuera, en realidad, lo que fingió ser durante siete días.

Chivas frunció amoscado la nariz y estudió detenidamente a ambos. Luego, se inclinó sobre la ventanilla y miró a las diez figuras desnudas que miraban patéticamente al cielo desde el borde del acantilado. Dos de ellas, una joven rasurada y un musculoso galán, chillaban y gesticulaban frenéticamente en dirección al deslizador, ante la indiferencia de los otros...

Chivas se volvió y sonrió a los vikingos, que le miraban ahora con solícita atención, sin desviar un segundo la mirada. Alguien, nunca mejor dicho, había sido víctima de su propia ambición.

—No tiene importancia, olvidadlo... —les dijo con un guiño.

Luego, para sorpresa del comisario Ventura, estalló en violentas carcajadas. Tanto que, cuando éste le preguntó intrigado por el motivo de su hilaridad, Chivas no pudo contestar. O, quién sabe, quizá es que no quiso. El mínimo derecho que se habían ganado dos androides des-pabilados era el de siete años de vida alegre, dando rienda suelta a sus instintos.